

HAY UNA PRINCESA ATRAPADA EN UNA TORRE...

FORTALEZA DE ESPINAS



T. KINGFISHER

NOVELA GANADORA DE LOS
PREMIOS HUGO Y LOCUS

...ÉSTA NO ES SU HISTORIA.

GRANTRAVESÍA

HAY UNA PRINCESA ATRAPADA EN UNA TORRE...

FORTALEZA DE ESPINAS



T. KINGFISHER

NOVELA GANADORA DE LOS
PREMIOS HUGO Y LOCUS

...ÉSTA NO ES SU HISTORIA.

GRANTRAVESÍA

T. KINGFISHER

FORTALEZA
DE
ESPINAS

Traducción de Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA



CAPÍTULO 1

Al principio, el cerco de espinos había sido angustiosamente obvio. No había manera de disimular un seto con espinas cual hojas de espadas y tallos tan gruesos como un muslo humano. Un muro como ése despertaba la curiosidad, y con ella venían las hachas, y el hada no podía hacer nada para impedir que algunos de esos curiosos consiguieran entrar a la torre.

Sin embargo, con el paso del tiempo, las zarzas habían crecido alrededor de los bordes —zarzamoras y cardos y escaramujos, todos esos matorrales oportunistas—, y eso había suavizado los contornos del cerco de espinos, y le había dado cierta tranquilidad al hada. Príncipes vagabundos y pobres hijos menores habían aparecido, fascinados por las espinas, que obviamente estaban allí para ahuyentar a la gente. Pero al convertirse en un zarzal informe, todo el mundo había perdido el interés.

También ayudaba que la tierra alrededor de las espinas se había vuelto inhóspita. No era algo tan obvio como un desierto, pero los pozos se secaban al poco de cavarlos, y la lluvia se colaba por el suelo como si fuera de arena y no de tierra fértil. Eso también había

sido obra del hada, aunque lamentaba haber tenido que llegar a ese extremo.

El hada tenía ese tinte verdoso oscuro del tallo de los hongos y la piel se le azulaba con las magulladuras, como la pulpa de los hongos. Su cara era ancha y semejante a la de una rana o un sapo, y su cabello parecía algas de río. No era bella ni malévola, como se supone que son muchos de los habitantes del mundo de las hadas y los duendes.

Más bien, lo suyo era la preocupación, y el cansancio que la aquejaba a menudo.

—¿Cómo lo saben? —se preguntó desanimada—. Todos los que la conocieron ya deberían estar muertos, ¡al igual que sus hijos! Sus *nietos* ya deben peinar canas también. ¿Cómo se acuerdan de que aquí solía haber una torre?

Le hablaba a una aguzanieves, una pajarita blanca, a la que le gustaba el césped corto y que sacudía la cola hacia arriba y hacia abajo con cada paso. Las aguzanieves no son tan listas como los grajos o los cuervos o las cornejas, pero al hada le caían bien. No se burlaban de ella, como harían los cuervos, ni andarían esparciendo chismes y consejas, como los grajos.

La aguzanieves se le acercó, meneando la cola hacia arriba y hacia abajo.

—Deben estar contando cuentos sobre una princesa en una torre protegida por un cerco de espinos para mantener alejados a los príncipes —dijo el hada, ya sin esperanzas.

Se pasó las manos por los ojos. Sabía que sus párpados se estarían poniendo de un color azul medianoche por culpa de las lágrimas que a duras penas podía contener.

Nadie más la veía fuera de la pajarita, pero se pellizcó el puente de la nariz e inclinó la cabeza hacia atrás. Los viejos hábitos no la abandonaban.

—No puedo luchar contra las historias —susurró, y unas cuantas lágrimas, negras como la tinta, corrieron por su cara para ir a enredarse en su cabello.

Pero pasó el tiempo y tal vez los cuentos se contaban pocas veces. Menos hombres llegaban a la fortaleza de espinas armados con hachas. Las aguzanieves se fueron, pues preferían el campo abierto, y al hada le entristeció verlas partir. Llegaron los arrendajos a revolotear entre las espinas, llenando el aire con su griterío. Eran tímidos y se espantaban con facilidad, a pesar del escándalo que hacían. El hada reconoció en ellos cierta afinidad con su carácter, pues ella también se asustaba fácilmente.

A medida que los años transcurrían y los espinos se llenaban de las rosas de los escaramujos, su alma fue sintiendo cierto consuelo. A pesar de que en su corazón había piedras que nunca dejaban de girar una sobre otra, como las ruedas de un molino, en esos años en que no apareció ningún príncipe le resultaban menos pesadas.

Cuando oía el entrechocar de las hachas, le invadía el pavor. Se encogía entre las zarzas, tomando su forma de sapo, y pensaba, inmóvil: “¿Qué haré si se acercan más?”.

Pero no llegaban a acercarse. Abrieron un camino a través del bosque, pero dando un amplio rodeo alrededor de los espinos. La torre estaba construida sobre una colina rocosa. Era un buen lugar para un castillo, fácil de defender, pero no para hacer un camino. Los hombres de las hachas siguieron hacia el sur, en una larga curva sobre lo que en otras épocas habían sido campos surcados por el arado.

Durante mucho tiempo, el hada temió que el camino le llevara de nuevo príncipes e hijos menores, pero lo que llegó fueron viajeros y mercaderes. Ninguno parecía especialmente interesado en abrirse paso por el enorme zarzal, y tal vez ninguno se paró a pensar en qué tan grande sería el área cubierta por los espinos, ni tampoco si semejante maraña tan tupida ocultaría algo.

Observaba a los viajeros con interés, pues, salvo uno, eran los únicos rostros humanos que veía. Eran tan diferentes entre sí, ide tantas formas y colores! Del norte llegaban hombres rubios y de piel pálida, mientras que por el este llegaban hombres más morenos con hermosas armaduras y en cabalgaduras. Se aparecían en caravanas unos que se veían como la antigua familia real, siervos y campesinos con sus rústicos trajes, el pueblo errante en sus carromatos... una increíble muestra de la variopinta humanidad, y se cruzaban unos con otros en el camino y asentían para saludarse, y a veces se detenían y conversaban en lenguas desconocidas.

(Uno de los pocos dones que hadas y duendes recibían y entregaban era la capacidad de hablar cualquier lengua del mundo. El hada podía entender lo que decían, pero a pesar de que las palabras le resultaban familiares, el resto no. No reconocía los nombres de las ciudades que mencionaban, ni los de reyes o califas, ni los detalles de los tributos y las leyes comerciales que estaban más allá de su comprensión.)

La marea de gente creció y creció, y se levantó un puesto comercial a unos cuantos kilómetros de allí. El hada podía ver el humo de su chimenea ascendiendo hacia el cielo. Entrelazó los dedos con fuerza y se acurrucó bajo el cerco de espinas para tratar de escapar del miedo que la carcomía.

—Que no vengan —suplicó, como si rezara. Le habían dicho que la gente del reino de las hadas no tenía alma, y muy seguramente eso también aplicaba para, una criatura confundida que no era ni una cosa ni la otra. Pero por si acaso, rezó—. Que no vengan por aquí. Que no sean capaces de despejar los espinos. No sé a cuántos podré repeler. *Por favor*, que no se acerquen. Mmmm... Amén.

Añadió la última palabra con cierta preocupación, sin saber si con eso sus palabras se transformarían en oración o si debía hacer otra cosa. El capellán de la familia real había aceptado su presencia, pero esa tolerancia no había llegado al punto de enseñarle a rezar.

Tal vez algo o alguien escuchó sus oraciones. El flujo de personas se redujo hasta casi desaparecer. Los mercaderes dejaron de pasar. Vio hombres con unas grandes máscaras como de ave y ropa ajustada que despedía un cierto brillo por estar recubierta de cera. Andaban por ahí como garzas, como aves de presa, y el hada les rehuía, temerosa. Había algo en esas máscaras que los hacía asemejarse a los rostros de los ancianos del mundo de las hadas.

A pesar de eso, prefería a los hombres-ave en lugar de los gritones. Viajaban en grupos, medio desnudos y chillando cual animales. A veces, se iban azotando con cuerdas hechas con zarzas, y aullaban mientras la sangre corría, para luego soltar risotadas estruendosas. Apestaban a locura. Uno se acercó a la maraña de espinos, y trató de meterse en ella, desgarrándose la piel, pero luego salió.

El hada, bajo su forma de sapo, aguardó hasta que llegaron las lluvias y volvieron a pasar antes de acercarse de nuevo a esa zona del cerco. Si la locura de los gritones era provocada por una infección, no quería correr el riesgo de contagiarse.

Pasó el tiempo, y ya no volvió a ver hombres-ave ni gritones. No había nadie. El camino se llenó de maleza.

El hada, que en un principio les había temido a los humanos, ahora los extrañaba. No a los gritones ni a los hombres-ave, sino a los otros, los que habían pasado por allí antes. Habían sido compañía en cierta forma, a pesar de que no sabían que ella estaba ahí.

Dormía y dormía cada vez más. Los arrendajos se robaban unos a otros los objetos brillantes que guardaban en sus nidos, pero no volvieron a encontrar ninguno nuevo.

Las estaciones se siguieron una a otra, y llegó el día en que oyó pisadas de cascos. Por el este venían hombres en sus gráciles caballos, cabalgando por el camino invadido por las hierbas. No

tenían armadura. Con ellos venían dos hombres-ave, también en monturas, y avanzaban sin pausa, como si temieran algo.

Después de eso fue como si se hubieran abierto las compuertas. Desde el este llegaron torrentes de hombres y mujeres, y luego también por el oeste, a caballo y a pie, en carretas y carromatos. A veces viajaban con caballeros que llevaban estandartes con cruces rojas.

Cuando hablaban entre sí, ella distinguía palabras como “peste” y “tumbas” y “tantos muertos”.

El hada se encogió sobre sí misma y lloró por los difuntos, pero a pesar de eso, una vocecita insolente decía en su interior: “A lo mejor la historia de la torre morirá con ellos”.

Era horrible alegrarse de que ciudades enteras hubieran fenecido. “Tiene que ser cierto”, pensó el hada desolada. “No debo de tener alma, puesto que me siento aliviada, aunque sea un poco”. Y lloró todavía más, hasta que el suelo se tiñó de negro por sus lágrimas.

La maleza del camino fue pisoteada por los caminantes y con el tiempo el tráfico se hizo más normal. El estilo de las ropas que vestían cambió, y luego cambió de nuevo, y el pueblo errante llegó otra vez en sus carromatos, y pasó mucho mucho tiempo sin que nadie se aventurara en los espinos.

Fue muchos años después que un caballero llegó hasta el cerco de espinos, y se quedó allí, mirando hacia el interior. El hada se daba perfecta cuenta de cuando se aproximaban demasiado al seto, con una sensación semejante a la de un mosquito que se posara en su piel. Éste parecía que la hubiera picado, y se acercó a ver, primero bajo su forma de sapo y, luego, como mujer, buscando la fuente de la molestia.

Encontró una fogata, y al caballero que acampaba allí, junto al fuego. Aún no anochecía del todo, y el hombre estaba de espaldas a las llamas mientras contemplaba los espinos.

Al hada no le gustó esa mirada. Dejaba entrever muchas otras cosas. El caballero estaba examinando la fortaleza de espinas y pensando en ella, y eso podría llevarlo a preguntarse qué había al otro lado.

“Vete”, pensó ella. “Vete. Deja de mirar. No puede ser que sigan contando esos cuentos. Ha pasado tanto tiempo...”.

Al final, él se volvió hacia la fogata. El hada se acercó más.

A juzgar por sus cosas y sus ropas, era un... ¿un sarraceno? ¿Así se llamaban? Ella no podía recordar bien la palabra. Pero era bien capaz de reconocer a un caballero sin importar su fe.

No era demasiado alto, y su armadura se veía limpia, aunque bastante gastada por el uso. El caballo era bueno, pero la cincha se veía casi transparente de tanto restregarla. La cimitarra que pendía a su lado mostraba huecos vacíos en la empuñadura, donde en otro momento debía haber tenido piedras preciosas.

Todo eso componía una imagen de aristocracia venida a menos, una condición que el hada había llegado a asociar con los nobles más jóvenes. La luz de la fogata era suave y cálida, pero no conseguía despejar las sombras bajo los ojos, y la barba bien recortada no alcanzaba a ocultar lo demacrado de sus mejillas. Y a pesar de todo, era muy probable que él fuera increíblemente rico en comparación con ella. Los sapos no le veían mayor utilidad al dinero, lo cual estaba muy bien porque ella no tenía nada. Incluso en las épocas en las que había vivido en el castillo con otras personas, a nadie se le hubiera ocurrido que fuera necesario pagarle a un hada.

Por otro lado, ella podía alimentarse de gusanos y escarabajos, y dormir bajo una piedra, cosa que los humanos no eran capaces de hacer, así que, tal vez, al final eso equilibraba las cosas.

“Mañana en la mañana se irá”, se dijo. “Está buscando un sitio para acampar que no le cueste dinero... eso es todo”.

Cruzó los brazos y repitió: “Eso es todo”.

El caballero levantó la cabeza y, por unos instantes, miró directamente al lugar donde ella se escondía.

Su primer impulso fue convertirse en sapo, pero eso hubiera implicado otro movimiento, por más pequeño que fuera: el de dejarse caer al suelo. Entonces, se quedó totalmente quieta, inmóvil, casi sin respirar.

El fuego chisporroteó. Él miró hacia otro lado.

El hada soltó el aire, muy despacio, por la boca.

“Cuando esté de espaldas, me haré sapo”, se dijo. “Y me alejaré. No hace falta que vea nada más. Mañana se habrá ido”.

Al rato, el hombre se dio la vuelta para ocuparse de su caballo, y ella se agachó hasta el suelo. La dura y verrugosa piel de sapo la envolvió, y se alejó saltando muy despacio.

A la mañana siguiente, aún no se había ido.

Ella había despertado al amanecer, inquieta, a la espera de que el caballero se fuera, pero él había tenido las agallas de *dormir* hasta más tarde.

“¡Vaya caballero!”, gruñó para sus adentros. “¿No se supone que debería estar participando en justas o derribando ciudadelas con algún noble propósito, o algo así?”.

Al parecer, eso de la ciudadela o de las justas podía esperar. Ya era media mañana cuando se levantó, y casi llegaba el mediodía cuando terminó de arreglar una parte de la brida que se había soltado, y finalmente ensilló su caballo.

Pero, luego, no se montó en él. Lo tomó por la rienda y *caminó*.

Ella lo siguió a cierta distancia, esperando que se dirigiera al camino.

Cosa que el caballero no hizo.

Caminó siguiendo el contorno de los espinos, siempre mirando hacia el interior, rodeando las zonas de zarzales más tupidos, en las hondonadas. En una pendiente en particular, donde el seto parecía menos denso, se detuvo.

Le pasó las riendas al caballo por encima de la cabeza, como para atarlo al suelo, y después merodeó frente al cerco. *Mirando* al interior.

El hada hubiera querido gritar.

Se ocultó bajo un tronco caído más abajo por la ladera, y observó al caballero, que a su vez observaba el muro.

“¿Qué será lo que busca? ¿Acaso pretende encontrar una forma de entrar?”.

Se dio cuenta de que estaba mirando más allá de él, hacia el muro de espinos tratando de imaginar lo que él veía. Seguramente, no había nada por ahí que delatara la existencia de una torre en el interior. El tejado se había hundido hacía mucho tiempo por el peso de los espinos, y los vestigios quedaban cubiertos por los árboles. Todo parecía un alto macizo de espinos en una ladera, rodeado por una franja de zarzas.

Si uno miraba al interior desde un punto muy preciso, vería unas cuantas líneas demasiado rectas para ser troncos de árboles. Pero para eso era necesario saber desde dónde mirar.

“Él no puede ver nada de eso. A duras penas lo veo yo, y eso que recuerdo cuando la torre estaba recién construida. Ay, ¿por qué no se irá?”.

Y no se iba. Siguió guiando a su caballo para terminar haciendo un circuito alrededor de todo el cerco de espinos. El hada iba detrás.

Para el anochecer, el caballero había regresado a su campamento original. Soltó a su caballo para que pastara, y volvió a encender el

fuego.

“Si no se va por su propia voluntad”, pensó ella, “tendré que obligarlo a partir. Puedo asustar a su caballo. O llenar su cabello de esos imposibles nudos de elfos. Algo así”.

El hombre se volvió y miró al cielo. La luz anaranjada tiñó un lado de su cara. No parecía el tipo de persona que pudiera salir huyendo por culpa de unos nudos de elfo en el cabello.

“Podría convertirme en sapo ante su vista. O... mmmm...”.

Se pasó los dedos entre el cabello. Tenía tan pocos poderes, y los que poseía estaban atareados en el interior de la torre. Ahora... bueno, podía invocar a los peces. Aunque tal vez no servirían de nada en esta situación. Podía tratar de convencer a un *kelpie*, un caballo acuático, de que le ayudara, pero eran bastante salvajes y, en todo caso, tendría que ir a un lugar donde encontrara *kelpies*, y eso implicaría dejar la fortaleza de espinas sin vigilancia.

“Empezaré con los nudos de elfo”, se dijo con determinación. “Muchos, muchísimos nudos. Le tomará una semana entera deshacerlos para peinarse”.

Luego de dejar el fuego en brasas, el caballero se acostó, y cuando su respiración se hizo lenta y uniforme, el hada salió de su escondite. Se habría sentido más a salvo bajo su forma de sapo, pero necesitaba los dedos para hacer los nudos de elfo.

El campamento estaba plagado de sombras de un azul muy oscuro. Un hada de verdad, una que perteneciera al mundo de las hadas y los duendes por nacimiento y por sangre, podría haberse adentrado en la más diminuta de esas sombras, para hacerse tan difícil de ver como una telaraña.

Pero ella no era tan hábil y diestra. No podía hacer más que caminar despacio y en silencio, teniendo cuidado de apoyar los pies a cada paso en un lugar donde no hubiera ramitas ni hojas que la delataran.

El caballero no se movió. Tenía las manos juntas, al lado de su cabeza.

Ella se inclinó sobre él, sin la menor pinta de ser una depredadora, y escuchó atenta su respiración.

Una vez que transcurrieron varios minutos sin que el hombre se moviera, el hada soltó un suspiro inaudible, y relajó los hombros con alivio.

El caballero tenía el cabello abundante y rizado, perfecto para los nudos de elfo. El hada alargó sus dedos y tocó una sola hebra de cabello. La hebra se curvó y tembló, y poco a poco se fue apartando de sus compañeras.

Ella se concentró, frunciendo el ceño.

Como si fuera una serpiente imposiblemente delgada, el cabello empezó a moverse solo. Se enredó en el mechón más cercano, se dobló sobre sí mismo, y volvió a enredarse.

El hada movió los dedos de nuevo, y una segunda hebra de cabello se unió a la primera. Y después una tercera. Serpenteaban entretejiéndose, arrastrando a otras consigo.

El enredijo, en parte nudo y en parte trenza, fue aumentando de tamaño, pasando de unir unas cuantas docenas de hebras aisladas para llegar a ser cientos.

Cuando una sección de la cabellera del hombre fue una sola maraña densa y tan gruesa como el pulgar del hada, ella se sentó en cuclillas y exhaló el aire que había contenido.

“Ha pasado tanto tiempo, pero siempre fui buena en esto de los nudos de elfo...”.

La mano del caballero se cerró sobre la muñeca de ella.

—¿Ya terminó con eso? —preguntó el hombre.



CAPÍTULO 2

El hada bajó la vista para mirar la mano que sujetaba su muñeca, y lo que pasó por su mente no fue que la habían atrapado, sino que alguien la estaba tocando.

Habían pasado muchos años desde la última vez que un ser vivo la había tocado. No podía recordar cuántos. Había olvidado que algo semejante fuera posible... y ahí estaba, el sólido contacto de una palma y cuatro dedos presionando el interior de su muñeca.

—Iba a preguntarle si era usted una *djinn* —dijo el caballero, hablando despacio y sentándose—. Pero los *djinns* están hechos de fuego, y no hay fuego en usted.

Ella negó con la cabeza, con la mirada puesta en la mano de él. Su piel se veía verdosa y pálida a la luz de la luna, en contraste con la de él.

—Entonces, ¿será un ejemplar femenino de elfo?

Le pareció importante no mentir. Se pasó la lengua por los labios y dijo.

—Sí, algo así como una elfa. Sí.

—Ya veo.

Ella le había hablado. Y él le había respondido. Eso tampoco le había sucedido en muchos años.

Le soltó la muñeca. Ella levantó la vista, sobresaltada.

Él hizo una especie de reverencia, algo más que un gesto de asentimiento con la cabeza, sin levantarse.

—Me ha estado siguiendo —le dijo él—. Pensé que era algo más maligno. No tenía intención de asustarla.

Tenía una expresión seria y cortés. El enredo de cabello que colgaba sobre su oreja izquierda se veía ridículo.

Y le hablaba a ella.

—Yo... —el hada tuvo que interrumpirse, pues la abrumaba la absurdidad de estar hablando con una persona y que esta persona le contestara. Si lo pensaba demasiado, iba a empezar a reír o a romper a llorar, o ambas cosas a la vez—. No estaba asustada.

Se le cruzó por la mente que podía escapar. Él estaba sentado y ella sólo agachada, así que tenía buenas posibilidades de llegar hasta los árboles. Y una vez que tomara su forma de sapo, podría esconderse entre las hojas.

“Debería irme. Me iré”.

Pero no se movió.

—¿Y por qué me seguía? —preguntó él.

Ella lo pensó. No se atrevía a contarle toda la verdad.

—Este lugar es mío —dijo al fin—. Y usted llegó y armó su campamento.

—Mil disculpas por mi atrevimiento, señora —se levantó, con las manos alzadas por encima de la cabeza, alejándose de ella—. Voy a reavivar el fuego —dijo—. Quédese aquí, por favor.

Nadie le había pedido nada semejante desde antes de que la torre se viniera abajo. Dio un paso hacia el bosque, sin intenciones muy claras, y luego se detuvo. La piel de su muñeca resonaba como un eco.

El caballero puso un tronco en la hoguera y lo removió hasta que hizo crepitar el fuego. Luego, se sentó y la miró a través de las llamas.

—¿Acaso el fuego le incomoda? —preguntó—. ¿Puede sentarse junto a una fogata?

“¿Que si me incomoda el fuego? ¿Qué clase de criatura creerá que soy?”.

Pero tal vez no era una pregunta tan rara. Ella nunca encendía fogatas. Cuando hacía frío y humedad, era más fácil tomar su forma de sapo. A los sapos no les incomodaba la humedad, y en invierno quedaban sumidos en un sereno aletargamiento, bajo las hojas.

El hada se acercó un poco, cuidando de mantener la fogata de por medio. El caballero le había pedido que se quedara, y así lo haría durante un rato. Pero si él llegaba a mostrar intenciones de atraparla, saldría huyendo.

El silencio se hizo incómodo. El hada se llevó los dedos a las sienes.

—Discúlpeme —empezó—. Hacía tanto tiempo que... no hablaba con nadie... hace mucho —hizo una mueca—. ¿Y usted es un...? —trató de encontrar la palabra adecuada entre las que su don de lenguas le ofrecía—, ¿... un sarraceno?

El caballero arqueó las cejas de repente. Pareció ofendido durante unos instantes, y luego su cara volvió a serenarse.

—Me imagino que ha pasado mucho tiempo... —dijo—. Esa palabra ya no se usa.

“Dije algo malo. No me tomó mucho cometer un error”. Se sonrojó avergonzada.

—Lo siento mucho.

Él meneó la cabeza.

—No hay problema. ¿*Cuánto* tiempo lleva aquí?

Por querer dar el mal paso aprisa y no tardarse demasiado en el tema, terminó diciendo más de lo que hubiera querido.

—No lo sé. Años. Siempre pensé que iba a contar cada invierno, pero me quedaba adormecida y luego no podía recordar cuántos habían pasado y me había olvidado de registrar —con una mano señaló vagamente el camino—. Desde antes de que construyeran eso.

El caballero volvió a arquear las cejas.

—Había mucha gente —contó ella. Ahora que había empezado a hablar, parecía imposible contenerse. Era como si tuviera una enorme acumulación de palabras en su interior—. Eran personas muy raras. Y después, nadie. Luego hubo más gente de nuevo, de semblante como el suyo, hablando sobre una plaga...

El caballero se frotó la cara con una mano.

—Ha estado aquí desde antes de la Gran Mortandad —exclamó—. Que Dios se apiade de nosotros.

Al hada le pareció un comentario muy extraño, pero no quiso arriesgarse a decir algo indebido otra vez. Juntó las manos y preguntó, con gran cuidado:

—¿A qué se refiere con eso de la Gran Mortandad?

—Una peste terrible —explicó él—. La tercera peste de Justiniano. Dicen que mató a medio mundo. Pero en Tierra Santa hallaron una cura, y la llevaron al norte para sanar a los que quedaban vivos. Fueron tantos los que murieron que las tierras se quedaron sin cultivar —levantó las manos, con las palmas hacia arriba—. Ahora hay canciones que narran todo eso. Mi gente venía de Anatolia, al oriente, huyendo de una gran hambruna, y llegaron aquí y encontraron toda esta tierra y a muy pocos para labrarla. Por supuesto, nadie quería que su tierra fuera ocupada por forasteros, pero tampoco querían que la invadieran las hierbas y matorrales, y los señores que sobrevivieron entregaron tierras a diestra y siniestra, pues habían perdido muchos siervos. Y después, los selyúcidas empezaron a guerrear con Bizancio, y quienquiera que triunfara seguiría luego en esta dirección, así que se hizo una nueva ley de

tierras, creo (¿o tal vez dos?) y hubo unas cuantas pugnas insignificantes por la posesión de lo que quedaba en manos de nadie, y ahí fue cuando los daneses entraron en juego de alguna manera... lo siento, no me acuerdo de todos los detalles, ni el orden en el que vienen. Puede ser que haya dicho algo al revés de como sucedió. Me gustan los libros, pero soy incapaz de memorizar las fechas como lo hacen otras personas.

El hada asintió. Todo resultaba muy raro. ¿Medio mundo había muerto? ¿Acaso era eso posible?

Miró fijamente las llamas, pensando en cuántas personas habrían sido, todas reales y concretas, y en cómo ella jamás podría retenerlas en su cabeza ni llorar su muerte. Confiaba en que hubiera habido alguien que las llorara como era de esperar. Le pareció que no sería capaz de aceptar otra tarea y llevarla a su fin.

—¿Los elfos le pueden decir a los mortales su nombre? —preguntó el caballero.

Las grandes figuras del mundo de las hadas y los duendes no podían hacerlo, pero como esta hada en particular no tenía un nombre verdadero que nadie pudiera utilizar en su contra, poco importaba.

—Sapita —respondió.

El caballero frunció el ceño.

—No me parece digno y apropiado llamarla de esa manera.

Entonces, le llegó el momento a ella de fruncir el ceño. ¿Habría dicho algo inadecuado otra vez? No, había sido Sapita toda su vida. Ese nombre se lo habían dado las dientesverdes cuando era apenas una recién nacida.

—Sapita. Así me llamo —insistió ella con firmeza.

—Y yo soy Halim —dijo él—. Me disculpo por invadir su bosque cual intruso.

Sapita lo pensó.

—No hay problema —respondió—, mientras vuelva usted a retirarse de aquí.

Sintió un extraño tirón en el corazón al decirlo. Hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie, y todavía le quedaban tantas palabras por usar de todas las que tenía acumuladas. No quería que el caballero se fuera. No quería que se quedara. Se cubrió la cara con las manos.

Halim puso cara de extrañeza.

—No pretendo ofenderla —dijo—, pero no puedo partir pronto. Hay algo más que quisiera ver.

Sapita lo miró a la cara, perpleja.

—No hay *nada* aquí —repuso. Su voz se oía aguda e irritada, y como ella siempre había odiado cualquier tipo de enfrentamiento, quiso evitarlo—. ¡Nada!

—Hay al menos una cosa aquí —dijo él, con una leve sonrisa—. Una joven hada a la cual estoy mirando ahora mismo. Eso es algo.

Sapita sacudió la cabeza molesta.

—Pero no es nada importante —siguió ella—. Debería irse. No hay nada aquí.

—Y si no hay nada por aquí, ¿por qué debo irme? —preguntó.

El hada tomó aire y el caballero levantó ambas manos.

—Lo siento —se disculpó él—. Fue muy descortés de mi parte, y no es correcto que un caballero galante o un musulmán respetuoso de sus principios se quede en un lugar en contra de los deseos de una dama.

“Una dama”. Sapita por poco suelta la risa, pero sabía que, si empezaba, no podría parar, y de ahí pasaría a las lágrimas casi de inmediato, de eso estaba segura; la situación ya era terrible y con eso sólo podría empeorar.

—Cuentan una historia —empezó Halim, mirándola atentamente— de una doncella muy hermosa encerrada en una torre, presa de un temible conjuro mágico.

—No pueden contar una historia —dijo ella, su voz casi inaudible—. Todo el mundo lleva muerto mucho tiempo. No puede haber una historia. ¿Quién le contó esa historia?

Sapita respiró hondo, consciente de que no había refutado esos cuentos con suficiente insistencia.

—No hay ninguna torre —dijo—. Ni tampoco una doncella. Ya se lo dije: no hay nada aquí.

—Entonces, ¿por qué permanece usted aquí?

Sapita calló por un largo rato, lo sabía, antes de contestar:

—Aquí vivo.

—¿Es usted la doncella encantada? —preguntó Halim.

Sapita lo miró, y esta vez sí soltó la carcajada.

Trató de contenerse, pero había estado en lo cierto. Siguió riendo, y eran unas risotadas horribles, como ladridos de perro, como roncós cantos batracios, y luego rodaron las lágrimas oscuras por sus mejillas.

Oyó que Halim se movía y no fue capaz de mirarle la cara. Si su expresión era de aversión o de lástima, ella no quería ninguna de las dos. Se convirtió en sapo, sin importarle cómo se vería eso, y lo oyó soltar una maldición.

Al menos, la transformación le había cortado la risa. Los sapos son capaces de ser sarcásticos, pero su sangre es demasiado fría para las risotadas histéricas. Correteó por la hojarasca, alejándose de allí.

El caballero seguía allí en la mañana. Sapita lo observaba metida bajo un tronco cerca del campamento, a la espera de que el hombre... hiciera algo.

Durante la noche rememoró cien veces en su mente la conversación que habían sostenido, para llegar a la conclusión de

que había actuado con poca sensatez. Debía haberse reído cuando él dijo que se contaban historias... y tras la risa debía haberse callado. Y si no podía reír, con toda seriedad le habría podido decir que estaba mal informado.

“He debido hacer algo distinto de lo que hice. Soy una tonta, más que tonta”.

Lo que quedaba por verse era si el caballero partiría por sí solo, o si se requerirían más palabras para deshacer el embrollo en el que se había metido por hablar más de la cuenta.

Esperaba que no fuera así. “Ha pasado demasiado tiempo, y ya no sé cómo hacer que las palabras se plieguen a mis intenciones”.

El caballero no se fue. En cambio, se vistió con esmero, preparó té, y luego se puso de pie.

Caminó hasta el límite del bosque y una vez allí se aclaró la garganta.

—Doña Sapita, es mi deseo pedirle disculpas. No me expresé apropiadamente anoche, y me arrepiento de ello.

Estaba mirando hacia otro lado y era evidente que no tenía idea de dónde se encontraba ella. Sapita levantó una de sus patas traseras para rascarse la cabeza.

—En especial, no debí decir maldiciones. Lo lamento. No fue correcto. Sé que mi presencia no es bienvenida, y no hay nada más lejos de mis deseos que imponer mi parecer.

Se giró un poco, pasándose los dedos por el cabello. El hada vio que se había cortado el enredo de nudos de elfo.

—Por favor, doña Sapita, usted no está en deuda conmigo, pero mucho le agradecería que me volviera a dirigir la palabra —de perfil, su rostro era casi hermoso y muy serio. Se quedó un instante con los labios apretados, decidido, y luego dañó el efecto al suspirar y murmurar—: *¡Maldita sea!* Ni siquiera sé si ella me estará oyendo.

Sapita se sorprendió al ponerse de pie, saliendo de su piel batracia, para luego decir:

—Estoy escuchando.

Halim dio un brinco y pronto se recompuso, eso tenía que reconocérselo Sapita.

—¡Doña Sapita!

Él inclinó la cabeza cortésmente, aunque hasta ese simple gesto era una muestra de respeto excesiva para ella. Se frotó la nuca.

—Mil perdones —se disculpó Halim de nuevo—. He manejado todo esto muy mal desde un principio. Comencé por sujetarla por la muñeca y luego acabamos discutiendo. No soy el mejor de los caballeros.

Sapita se encogió de hombros.

—¿Se irá de aquí? —preguntó ella.

Halim frunció el ceño.

—No sé si debería hacerlo —contestó.

Ésa no era la respuesta que esperaba. Juntó las manos.

—Sí debería hacerlo —le dijo—. Definitivamente sí. No hay ninguna razón para que permanezca aquí.

Halim fue a sentarse junto a la fogata. Tras un momento, Sapita se acurrucó al otro lado.

—He venido siguiendo una historia —explicó—. Tiene usted razón al decir que todos los que podían contarla ya están muertos. La leí en un libro. En varios libros.

Sapita sintió un vacío en el estómago. *Libros.*

Los libros eran algo muy costoso. Seguro que... seguro que nadie pensaba que el reino de su padre era lo suficientemente importante como para plasmarlo en un libro.

Se llevó las manos a las sienes.

—¿Dónde leyó ese libro? —preguntó el hada—. ¿Quién lo pudo haber escrito? No lo puedo creer...

Debía estar diciendo que no existía la tal torre. Estaba haciéndolo todo mal de nuevo. El caballero la había tomado por sorpresa y ella no había tenido la rapidez de pensamiento necesaria. Llevaba

demasiado tiempo viviendo bajo la forma de un sapo; la sangre se le había aletargado...

—Era un libro antiguo —reconoció él—, ahí encontré esa historia por primera vez. Mencionaba un reino del cual nunca había oído, y yo estaba casi muerto del aburrimiento, en busca de algo qué hacer —esbozó una sonrisa a medias—. No es que los hijos menores de las familias nobles venidas a menos tengamos muchas ocupaciones, ¿sabe? Mi madre pensaba que yo podría llegar a ser un sabio erudito, pero yo no tenía la disposición necesaria, así que quedé convertido en un joven caballero con demasiada educación, pero que apenas podía costearse sus propias armas y su armadura.

—No sabía que... eh... —Sapita trató de pensar en alguna palabra que no fuera “sarraceno”— que los... musulmenos... podían hacerse caballeros.

—Musulmanes —aclaró Halim—. Eso soy, y uno no especialmente devoto, para su información. Mi madre era la devota, tanto que contaba por toda la familia, y con eso nos bastó —atizó la fogata—. Han pasado ya más de dos siglos desde la peste, señora. Sospecho que encontrará muy cambiado el mundo ahora.

“¡Dos siglos!”.

Era muchísimo tiempo, algo impensable, pero, al fin y al cabo, no significaba nada.

“Dos siglos o veinte o doscientos. La magia permanece”, suspiró Sapita.

—No importa, porque no voy a ver ese mundo, al menos no mientras eso implique alejarme de mi bosquecito.

Entonces fue Halim el que suspiró.

—El mundo casi nunca se olvida enteramente de nadie —respondió, y volvió a atizar el fuego—. En respuesta a su pregunta, encontrará que hay musulmanes y cristianos y otras personas que han regresado a los antiguos dioses, y que hay una orden de caballeros para cada grupo. Hacerse caballero no es algo que tenga

que ver con religiones, ¿sabe? Es más bien una manera de hacer algo con los hijos adicionales, para que no terminen destruyendo la casa señorial de la familia. De vez en cuando, alguien tiene la idea de que deberíamos empezar a decapitarnos unos a otros pero, a la hora de la hora, el Papa se resguarda en Roma como una araña, los califas se vigilan unos a otros por encima de sus murallas, y el resto de nosotros hace lo que puede con los demás —una leve sonrisa se le dibujó en la cara—. De hecho, encontré referencias a la torre y a la princesa encantada en la biblioteca de un monasterio benedictino. El hermano bibliotecario era un buen hombre, y se alegró de tener con quién conversar.

Sapita meneó la cabeza con desaliento. No le sorprendía tanto que el mundo hubiera cambiado, como que, en alguna parte, un monasterio tuviera un libro con la historia de la torre...

—No fue cierto —dijo ella, pero su voz no tenía ninguna convicción.

—Aquí había un pequeño castillo de piedra —explicó Halim—. Hace al menos cinco o seis siglos. Lo descubrí en antiguos archivos de tierras. Y he recorrido estas comarcas cuarenta leguas en el sentido de los cuatro puntos cardinales, y el único lugar en el que podría haberse situado es... aquí.

Señaló hacia los matorrales, directamente a la torre oculta. Sapita trató de no dejar traslucir ninguna reacción.

—Ahora bien —siguió el caballero, cuando resultó evidente que ella no iba a agregar nada más—, es muy posible que la historia haya sido falsa, y que nunca haya existido una doncella en una torre ni un cerco de espinos. Pero es un buen cuento, y tal vez quien lo puso por escrito se limitó a usar el nombre de un antiguo castillo, para que así resultara más realista.

Sapita entrelazó los dedos. Sentía como si el caballero le estuviera tendiendo una trampa, y cualquier cosa que ella dijera la fuera a dejar atrapada allí.

—Mis hermanos dirían que soy muy tonto por andar perdiendo el tiempo con cuentos e historias —dijo Halim—. Me dirían que más bien tendría que ocuparme de perfeccionar mis lances con la espada para que así al fin logre la victoria en un torneo. Pero no me entusiasman los torneos y, en cambio, sí las historias. Y sigo pensando que me gustaría meterme en esa vieja fortaleza, si Dios lo permite, y ver si hay allí una torre. A lo mejor no hay ninguna doncella dormida adentro. Pero hay tanta magia en el mundo que no descartaría la posibilidad.

—No hay ninguna doncella —dijo Sapita—. Sus hermanos tienen razón.

Halim apoyó la barbilla en su mano.

—A lo mejor es usted la hechicera que encantó a la princesa —se aventuró a decir.

Sapita permaneció callada e inmóvil.

—O, si no es la hechicera, puede ser que usted misma se halle encantada. ¿Debería tratar de romper ese conjuro que la ata a este lugar?

Sapita lo miró parpadeando, consciente de que lo hacía con tal intensidad que más parecería una rana atónita.

—¿Qué?

—¿Será que usted está bajo un conjuro que la mantiene encantada? —preguntó, inclinándose hacia delante—. ¡Claro! ¿Es cierto eso?

—¿Qué...? —de nuevo la conversación iba demasiado rápido para ella—. ¡No pesa sobre mí ningún encantamiento!

—Es exactamente lo que diría si estuviera encantada —señaló el caballero.

—¡Pero igual lo diría si no lo estuviera! —dijo ella.

—Eso es muy cierto —lo pensó un poco—. Supongamos que logro entrar a ese castillo fortificado que dicen que está ahí y exploro

un poco. Si pesa sobre usted un conjuro, tal vez encuentre la manera de romperlo, y si no, entonces la dejaré en paz.

—¡Preferiría que simplemente se marchara! —replicó ella—. No encontrará nada allá dentro.

—Entonces, ¡sí hay un castillo ahí! —contestó él de improviso.

Sapita abrió la boca, para luego cerrarla y dejar escapar un único sollozo enfurecido.

La sonrisa triunfal del caballero se desvaneció al instante. Trató de acercarse a ella, pero se contuvo.

—Doña Sapita... eh... no tenía intención de hierla. Hablo de más. Lo lamento mucho.

Las disculpas sólo empeoraban las cosas. El hada tenía mucha experiencia con la maldad, pero las disculpas la destruían. Le ardieron los ojos y trató de frenar las lágrimas. Su cara iba a verse como si la hubieran golpeado. *¡Maldición!*

—¡Váyase! —dijo muy triste—. ¡Márchese, váyase! ¡Sólo va a enredar las cosas todavía más!

Se cubrió la cara con las manos. Un instante después sintió cierta presión en su hombro, y se le cruzó por la mente que el caballero había posado su mano ahí, con mucha delicadeza.

—Por favor, no llore —le pidió él—. Perdóneme. Si me marchó, ¿vendrá conmigo?

Sapita lo miró. Sabía que su cara se veía como una máscara entintada, pero en ese instante él la había tomado por sorpresa y eso no le importó.

—¿Quiere que vaya con usted? ¿Adónde?

—Adonde sea que quiera ir —dijo él—. Lleva aquí ya mucho tiempo. El mundo ha cambiado, y puede ser que sea para mejor. Podría verlo con sus propios ojos.

“¿Marcharme? ¿Irme de aquí?”.

Durante unos instantes, lo deseó con tal fervor que ese anhelo le dejó un regusto en la boca.

“No. No. No puedo alejarme de aquí. Si me voy, incluso si así lograra alejarlo, y si de alguna manera consiguiera mantener el conjuro desde la distancia, tarde o temprano habría otro príncipe, otro caballero, alguien que haya leído ese libro... Alguien vendrá”.

“Y si quienquiera que llegue logra entrar, ella podría salir”.

—No puedo —susurró Sapita.

—¿Por qué no? —preguntó el caballero—. Hay tanto para ver. Y si no confía en mí (¿quién la culparía por eso?), la llevaré con mi madre. A lo mejor a ella le sorprendería un poco tener a una elfa en su casa, pero es la mujer más bondadosa que se pueda imaginar.

—No puedo —el hada meneó la cabeza—. No es que no quiera, sino que *no puedo*. Me iría, pero no puedo alejarme. Yo... yo lo siento.

—¿Hay algún tipo de magia que la obligue a permanecer en este lugar? —preguntó él. Con mucha suavidad le dio unas palmaditas en el hombro.

—Sí —dijo ella, agradecida porque le hubiera dado pie a responder así—. Ésa... ésa es la manera más sencilla de explicarlo. Su oferta es muy amable. Ojalá pudiera aceptarla. De verdad. Pero me es imposible.

Halim asintió.

—En ese caso —contestó él, retirando la mano y ofreciéndole una extraña especie de reverencia—, en ese caso me marcharé, doña Sapita.

Ella encorvó la espalda, en parte por el alivio, pero en parte por decepción. El momento se le quedó atorado como un nudo en la garganta.

—Y volveré —siguió él—, antes de que pase mucho tiempo, y encontraré la manera de liberarla de esa magia.

Tras la partida del caballero, Sapita no supo bien qué hacer.

No era que echara de menos al extraño personaje, no exactamente. Echar a alguien en falta, o no, parecía requerir que existiera algún tipo de relación más allá de dos breves encuentros. Ella había tenido razón en echar de menos a las aguzanieves que hacía tiempo habían correteado por la hierba que rodeaba la torre.

Era más bien como si el tiempo se hubiera dividido en dos partes separadas alrededor de él: el tiempo antes de que le hablara al caballero y el tiempo después de eso.

Normalmente, cuando ella tomaba su forma de sapo, también pasaba a tener pensamiento de sapo y se pasaba los días en contemplación de nada más complicado que las lombrices y los ciempiés que se movían bajo las hojas. El tiempo le pasaba por encima y ella a duras penas lo notaba, a menos que alguna actividad humana le exigiera pensamientos humanos.

Sin embargo, ahora... ahora se veía pensando cosas nada propias de un sapo. Atrapaba un grueso gusano y al momento estaba pensando en irse, en saltar hasta el borde del camino y tomar su forma humana para *marcharse* caminando, así sin más.

Era una locura. Era algo que obviamente no podía hacer.

—Es una ridiculez —murmuró para sí misma, pasando de nuevo a su forma humana. Y otra vez estaba hablando consigo misma, un hábito que había dejado hacía mucho—. Esto es absurdo. Las lombrices no van a saber diferente en otro lugar. Ese caballero me habló apenas durante unos momentos. Se quedó sólo dos días. ¿Por qué sigo pensando en eso?

Y a pesar de todo, seguía pensando en eso. Le preocupaba el recuerdo que le quedaba en la memoria, las palabras que ella había pronunciado, las que había callado, las que no debía haber dicho.

Medio mundo había muerto con la peste y eso le impactaba menos que unos momentos de conversación.

Después de una semana (¿sería una semana? Había perdido la costumbre de llevar la cuenta del tiempo. Parecía mucho tiempo, pero sólo porque estaba pensando constantemente) tomó una decisión.

—Debería revisar —se dijo—. Debería asegurarme. Por si acaso... por si algo hubiera sucedido.

(No se atrevía siquiera a pensar que la durmiente pudiera haber muerto. De ser cierto, el alivio sería tal que podía matarla.)

Por primera vez en muchos años, Sapita entró en el castillo.

Al principio, lo había visitado a diario, para tener la certeza de que la durmiente seguía allí. Después, poco a poco, esa necesidad de saberlo se había desvanecido. Volvía cada tantas semanas, y luego una vez al año, hasta que dejó de entrar.

Así era más fácil. La durmiente se inquietaba si la visitaba demasiado.

El cerco de espinos, tan inaccesible para los humanos, era algo muy diferente para alguien del tamaño de un sapo. Las zarzas se convertían en una serie de caminos, allanados por el trasegar de las patas de los ratones y los largos cuerpos de las serpientes.

Sapita saltó a través del cerco. Las espinas eran tan grandes como vigas para un sapo, y por eso mismo resultaban fáciles de esquivar. Llegó a la muralla del castillo y se deslizó al interior por uno de los agujeros de desagüe. El otro extremo estaba tapado con hojarasca húmeda, pero no era nada que le impidiera el paso.

Las paredes alrededor del patio central seguían en pie. Las espinas habían desprendido algunas de las piedras, pero eso era todo. Era en la torre sur donde se habían concentrado las plantas, alargando sus brazos paredes arriba para acabar cubriéndolas con una explosión de verdor.

Sapita se puso de pie, saliendo de su forma de sapo, y caminó por el patio. Sus dedos recorrieron musgo y líquen. Los árboles crecían dentro de las murallas, formando un bosquecillo curioso.

El gran salón había perdido su techo hacía mucho, y un roble crecía en su interior. A Sapita no le interesaba esa parte, ni tampoco la achatada torre norte. Si iba hacia allá, se arriesgaba a despertar demasiados recuerdos.

Fue hasta la torre sur y se quedó allí, mirando hacia arriba.

La magia se concentraba cerca de lo más alto de los restos de la torre, pero ella alcanzaba a percibirla desde abajo. Era como internarse en una lluvia tibia. Las gotitas de magia se le adherían a la piel, y ella se las quitaba con las manos.

Era su propia magia, pero se había separado de ella hacía tanto que le resultaba poco familiar, como cuando uno retorna, ya adulto, a la habitación donde pasó su infancia.

Alguien diestro para escalar hubiera podido alcanzar la parte de arriba trepando desde fuera, pero ése era un camino largo y difícil. En lugar de eso, Sapita se acercó a una de las altas ventanas, se transformó en sapo de nuevo y se metió por ahí.

Adentro estaba muy oscuro. Tanteó el camino por las escaleras, con sus manos y rodillas humanas. La magia era más fuerte ahí, como lo demostraba el hecho de que los peldaños seguían intactos a pesar de los siglos, y tenía que limpiársela de la cara a medida que subía.

Las gotas se fueron reuniendo en un río y, luego, en un torrente, hasta que Sapita quedó nadando en la magia, rodeada por ella.

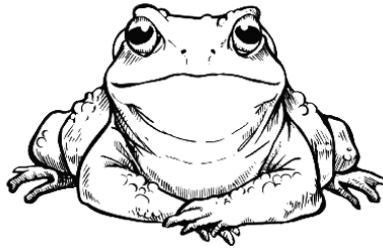
Llegó al rellano en la parte superior de la torre.

La puerta estaba abierta. Se había desprendido de los goznes, y ella no tenía la habilidad necesaria para volverla a poner en su lugar. El techo se había venido abajo, pero las enredaderas estaban tan densamente entretejidas que formaban una cubierta del color de las venas enmarañadas.

Cuando entró en la alcoba, las hojas secas crujieron bajo sus pies.

Y allí estaba ella, recostada en la cama. El cabello dorado extendido alrededor de su cuerpo. Su pecho se elevaba y bajaba al respirar, y tenía una leve sonrisa pintada en los labios.

Sapita se plantó junto a la doncella que había encantado y soltó un largo suspiro.



CAPÍTULO 3

A Sapita se la habían robado las hadas cuando tenía menos de una hora de nacida.

En aquellos tiempos existían muchas medidas de precaución para evitar que las hadas y duendes cambiaran a un bebé por otra criatura que usurparía su lugar. Se ponían trozos de hierro entre las cobijas, una piedra imán colgaba por encima de la cuna, tres ramitas de serbal estaban atadas con hilo rojo bajo la almohada de la bebé. Pero la madre de Sapita tenía una hemorragia y todas sus doncellas se agolparon a su alrededor para atenderla, y a Sapita la dejaron en la cuna sin vigilancia.

Para cuando lograron contener la hemorragia, Sapita había sido sustituida por otra criatura en la cuna, y a ella se la habían llevado al mundo de las hadas.

Es verdad que las hadas y duendes a veces roban niños humanos porque por alguna razón quieren a ese bebé, pero no fue el caso de Sapita. Lo que los ladrones pretendían era dejar a la criatura usurpadora, y poco les importaba lo que le sucediera a ella.

Son muchas las cosas que pueden sucederle a un bebé en el mundo de las hadas, y la mayoría son malas.

Sapita tuvo algo de suerte. No se la quedaron los seres que tomaban la carne para transformarla en otra cosa, no la devoraron los malvados enanos de sombreros rojos y tampoco la criaron en la comitiva de alguno de los grandes señores del reino de las hadas.

En lugar de eso, la arrojaron a las dientesverdes, esos resbaladizos espíritus del agua que habitan en los pantanos, y que devoran a los nadadores desprevenidos.

A los niños varones se los comen siempre. A las niñas, casi siempre.

Pero de vez en cuando la cantidad de estos espíritus mengua, o a alguno lo domina un inexplicable instinto maternal, y se dedican a criar a un bebé.

Las dientesverdes le dieron su nombre, Sapita. Si ella hubiera alcanzado a probar un trago de leche materna antes de que la tomaran las hadas, las cosas habrían sido muy diferentes. Pero lo primero que probó de alimento fue una especie de papilla de pescado y algas de agua dulce, y no murió gracias a la magia de las dientesverdes.

Como aún no había probado alimento humano, y era apenas una recién nacida, su carne aún podía moldearse con la magia. Las dientesverdes pudieron enseñarle a quedarse muy quietecita en el agua fría, con sólo los ojos asomando a la superficie. No llegaba al punto de ser capaz de respirar agua, pero sí podía contener la respiración por varios minutos, y se quedaba en el fondo de un riachuelo, recolectando guijarros brillantes y haciéndoles cosquillas a los peces que pasaban.

En las noches, o lo que se consideraba la noche en ese mundo, las dientesverdes dormían todas juntas, en una maraña de largas extremidades huesudas y pelo ondeando como algas. La mayor de todas tomó a Sapita, la acunaba, con la cara apenas sobresaliendo

del agua, y dejaba que durmiera con el sonido de las ranas croándole en los oídos.

Cuando tenía más o menos nueve años según los parámetros humanos, aprendió el truco para tomar la forma de un sapo. Una de las dientesverdes más jóvenes le enseñó como hacerlo. Fue Anadácea, con su cuerpo voluminoso y sus extremidades escuálidas. Anadácea era más que fea, con los dientes color musgo, pero tenía la misma paciencia del agua que corre por encima de una piedra.

Practicaron durante semanas, tomadas de la mano. Se levantaban, se agachaban, una y otra vez, y la magia de Anadácea las envolvía a las dos.

Al principio, Sapita no podía entender lo que estaba sucediendo, pero luego empezó a sentir la magia, como el agua que se acumula tras un dique construido con tierra. Era un chorrito de magia, no un torrente, pero iba aumentando y creciendo, y un día, sin saber muy bien cómo, la magia se dividió en dos, el dique se reventó, y Sapita pudo tomar la forma de otro ser.

Anadácea aplaudió encantada con sus manos palmeadas. Las otras dientesverdes se reunieron a su alrededor, dándole a Sapita golpecitos animosos y halagándola. Repitió el truco para ellas una vez y otra y otra, y las dientesverdes aplaudieron con sus manos huesudas y le pusieron el nombre que habría de acompañarla por el resto de su vida.

Rodeada por esos espíritus del pantano, acostumbrados a alimentarse de niños, Sapita se supo intensamente amada.

Tenía quince años cuando la diosa liebre llegó a buscarla.

El pelaje de la diosa se veía teñido de claro de luna y sus ojos eran profundos como pozos. Había llegado corriendo por las colinas, extendiendo sus largas patas, y se detuvo a la orilla del río.

En el agua había tres de ellas: la Mayor, Anadácea y Sapita. La Mayor nadó hasta el borde de la orilla y ejecutó una profunda reverencia ante la liebre plateada. Anadácea tomó a Sapita de la mano y la llevó hacia allá, pero sus dedos palmeados la sujetaban con fuerza y miedo.

—Diosa —dijo la Mayor, en el lenguaje estridente de las dientesverdes.

La diosa bajó la cabeza para asentir.

—Hermanita —dijo ella—, necesito a esa criatura que encuentre y acogiste.

Anadácea chilló con pena repentina y ocultó su cara tras su cabellera.

—Es una de las nuestras —explicó la Mayor. No era una refutación de lo que había dicho la diosa, tan sólo una afirmación—. En cuestión de cien años, nadie se dará cuenta de que no nació en las aguas.

—Entonces, he llegado en buena hora —dijo la diosa—. Debo llevármela ahora.

—Pero no quiero irme —protestó Sapita al darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Tragó en seco. Al entender que ella era esa criatura *encontrada* y *acogida* por las dientesverdes, sintió que algo se le clavaba en el corazón, y el sonido de esas palabras no le gustaba.

—Y yo no quisiera sacarte de aquí —dijo la gran liebre plateada, posando sus ojos líquidos en Sapita—, pero no siempre se nos da la oportunidad de hacer lo que queremos.

Anadácea gimió y sujetó a Sapita contra su cuerpo. Su cabellera de algas se entrelazó envolviéndolas a ambas.

La Mayor aguardó unos momentos y después desprendió a Sapita de ese abrazo. Anadácea sollozó con lágrimas oscuras que quedaron en sus manos.

La anciana dientesverdes era la de mayor edad entre todas, pero sus dientes seguían siendo tan afilados como navajas. Mordió a Sapita en la palma de la mano, cerca de la muñeca, dejándole marcas en forma de medialuna.

—No nos olvides —le dijo, sacando un puñado de fango del río y aplicándolo sobre la herida—. No nos olvides y, si puedes, vuelve a nosotras en algún momento.

Sapita asintió. Las lágrimas le brotaban por el rabillo del ojo y corrían por su piel, y la herida le ardía bajo el fango curativo.

La liebre plateada montó a Sapita en su lomo. No había otra manera de describirlo. Ella estaba muy segura de no haberse subido por su cuenta, pero de repente ya estaba a horcajadas sobre el ancho y peludo lomo, y la luz de la luna se acumulaba junto a su piel.

La liebre saludó a la Mayor con un movimiento de cabeza, tocó a Anadácea con la nariz, y se dio vuelta para alejarse a toda prisa.

No se parecía en nada a montar a caballo, y eso que Sapita no había visto caballos antes. Sí había montado a lomos de *kelpies* negros, esos espíritus en forma de caballo que acechan en la orilla de los ríos. Pero esta experiencia no era como eso. Era más bien como estar tendida en una pradera que se movía a una velocidad extraordinaria.

La liebre corrió a través de los campos del mundo de las hadas, con Sapita muy pegada a su lomo, y pasaban las cosas entre las dos, cual largos ratos silenciosos.

Sapita jamás hubiera podido describir ese trayecto. Nadie nunca le preguntó cómo había sido, pero a ella le habría gustado dar con las palabras para plasmar la experiencia, aunque fuera sólo para sí misma. Había sido como un sueño a lo largo de varias horas y, por la mañana, los fragmentos del sueño, como partículas de polvo, le cubrían los hombros.

Cuando al fin llegaron a una alta torre, Sapita supo que era hora de descender del lomo de la diosa. Sus pies descalzos no hicieron ningún ruido sobre el empedrado.

—Aquí estamos —le dijo la liebre, y sus ojos mostraron un destello plateado—. Aquí es donde te quedarás y aprenderás todo lo que puedas. Muy pronto te requerirán en casa de tu padre.

Sapita miró la palma de su mano, la medialuna del mordisco, con sus costras.

—¿Y qué me importa a mí la casa de mi padre? —preguntó. Aunque fuera un acto de rebelión insignificante, era el primero que ella había llevado a cabo.

La liebre agitó las orejas.

—Nada. No te importa nada y tal vez nunca llegue a importarte —dijo—. Y a mí tampoco. Pero no me gusta el sufrimiento y hago lo posible por impedirlo donde sea que pueda. Y en eso es en lo que me vas a ayudar. Aquí te enseñarán lo que necesitas saber.

Se alejó veloz. El suelo debía resonar como una campana bajo sus pisadas, pero por alguna razón no se oía nada.

Sapita se giró.

Estaba en un patio. Un hombre con un farol venía hacia ella. Tenía cara de bagre y los pelos que brotaban por sus orejas se movían sin cesar, como bigotes de gato.

—Ya veo —dijo él—. Ya veo. Soy el maestro Gourami, y en este momento y lugar empezaremos tu educación.

La educación de Sapita podría haber sido mucho mejor, y el único consuelo, tal vez, era pensar que también habría podido ser mucho peor.

El lugar era un diminuto reducto en los confines de la corte de las hadas, pero a Sapita le parecía abrumador.

Ella no era una ignorante. Sabía los nombres verdaderos de todas y cada una de las plantas que crecían alrededor de las márgenes del río, y estaba enterada de cómo hacer para que crecieran más. Sabía cómo dirigirse a un *grindylow*, en caso de que alguno llegara a subir desde las sombrías profundidades del lago, y conocía las tribulaciones de los *kelpies* y podía calmarlos si alguno llegaba a enfurecerse.

Era capaz de recitar todas las canciones e historias de las dientesverdes, y podía entretejerlas para ir las desgajando una por una a lo largo de una noche. Sabía encender una pira con huesos de pescado y alcanzaba a entrever un instante del futuro por la manera en que la columna vertebral se rompía.

En la corte de las hadas nada de eso era útil, así que creían que era medio boba.

Había dejado a las dientesverdes con un bagaje de conocimiento suficiente para entenderlo todo en su mundo, y llegaba a la corte de las hadas, donde no sabía nada de nada.

Sapita jamás había llevado ropa. Nunca se había metido en un cuartito para sentarse en cuclillas sobre una tabla para hacer sus necesidades. El regusto de la comida cocida le era extraño, y las camas también, tan duras en comparación con el abrazo del agua.

Sin embargo, la dureza de la cama no era lo peor de todo. Sapita jamás había dormido sola. Las dientesverdes se reunían todas bajo el agua, en un montón. A veces, si alguna no podía dormir, se alejaba un poco, pero nunca lo suficiente como para no alcanzar a oír los sonidos de las otras respirando bajo el agua.

La primera noche en esa extraña habitación, el maestro Gourami señaló la cama y le explicó que las personas dormían en ella. (No se le ocurrió decirle nada sobre las cobijas, pero eso no importaba porque a Sapita el frío no le incomodaba.)

Y tras decirlo, salió, cerrando la puerta. Y la primera lección que aprendió Sapita en ese extraño lugar fue la soledad.

Le llevó un año aprender a leer, y nunca sintió que lo hubiera llegado a hacer bien. Las dientesverdes tenían una manera de utilizar sus collares, donde cada cuenta evocaba un recuerdo, y eso se parecía a leer, así que el concepto no le resultaba del todo ajeno a Sapita. A veces soñaba que los dedos palmeados de Anadácea ensartaban una letra tras otra. Cada palabra que se formaba hacía brotar un torrente de recuerdos, así que el mayor problema de Sapita era concentrarse en el presente. Cada vez que leía la palabra *piedra*, su mente quería arrancar los guijarros del fondo del río y de los bordes musgosos del cauce y los fríos adoquines del patio y la piedra gris con un agujero en el centro que la Mayor había colgado frente a ella cuando era una bebé.

Se quedaba durante varios minutos, ensimismada en la misma palabra sobre la página, mientras los recuerdos fluían sobre ella, hasta que el maestro la reñía diciéndole: “¡Qué tonta eres!”, y la obligaba a leer todo de nuevo.

El maestro Gourami era amable con ella. Otros maestros no lo eran. El de lectura era una criatura pequeña y andrajosa, con orejas puntiagudas y ojos rasgados y pequeños, que resoplaba y la insultaba por su lentitud. A pesar de eso, ella aprendió.

Sapita llevaba en su naturaleza el deseo de agradar. Aprendió todo lo necesario sobre prendas de vestir, sobre sábanas, colchas y mantas, y sobre la palabra escrita, porque la diosa le había dicho que así debía hacerlo, porque sus maestros opinaban que era importante. Aprendió a hablar educadamente en lugar de con berridos, y a alimentarse de comida muerta sin arrebatársela a nadie. Memorizó detalles del mundo humano que podía llegar a necesitar: que el rey era un gobernante y que los señores eran sus vasallos, y los sirvientes de los señores eran vasallos de éstos.

(Su comprensión era bastante incompleta e imperfecta. Durante cierto tiempo, Sapita pensó que el rey debía ser como la Mayor, y se imaginaba a un ser humano descomunal e hinchado que recogía a

los señores en sus brazos y allí los mantenía para que todos durmieran. Cuando trató de explicarle esto al maestro Gourami, él apoyó la cabeza en el escritorio y los pelos que brotaban de sus orejas se sacudieron entre las carcajadas.)

Aprendió que su idea de la belleza no era válida ni adecuada para nadie. En su mundo, la Mayor era la más hermosa, henchida de poder y secretos y de las muertes de sus enemigos. Anadácea era bella, con su paciencia y sus dedos veloces y diestros. Oseojunca, con sus brazos enormemente largos y delgados, capaz de nadar lado a lado de una anguila, más rápida que un *kelpie* al galope, era bella.

Sapita, que era pequeña y lenta, y que no podía respirar en el agua, no se consideraba bella, pero le dolió enterarse de que la consideraban sosa y sin gracia, y que su familia figuraba entre las más feas del mundo de las hadas.

Llevaba casi un mes allí cuando el maestro Gourami le dijo lo que ella era.

Fue todo por accidente. Él le estaba tratando de enseñar algo insignificante de magia, suficiente como para encender una vela, y ella fracasaba una y otra vez.

—No debería ser tan difícil —dijo él frotándose la cara, cansado—, sobre todo para alguien que nació siendo humana.

—¿Qué? —preguntó ella.

Él la miró parpadeando, y ella a él, y después él le preguntó, medio en susurros:

—¿Acaso las dientesverdes no te lo contaron nunca?

—¿Contarme qué?

Y él se lo dijo. Que era una bebé robada por las hadas y cambiada por otra criatura, y eso también se deslizó hasta el fondo de su corazón y resonó como una campana bajo sus costillas.

El maestro Gourami era bondadoso y no pretendía tratarla con crueldad. No tenía manera de saber que ese conocimiento la arrancaría de las criaturas monstruosas que la amaban. Por otra

parte, ese conocimiento le indicaba que ellas no le pertenecían, ni Sapita a ellas.

Entonces, el maestro le contó de las travesuras que las hadas les juegan a los mortales, y de los ecos que resonaban entre ambos reinos, y de cómo ella había nacido en ese otro reino, en lugar de en éste. Ella sintió que cada detalle que le daba la alejaba un poquito más de las dientesverdes, sin acercarla a los humanos, de los cuales formaba parte.

Al final, se le ocurrió a ella hacer la pregunta que debió plantearle a la diosa liebre:

—¿Quién es mi padre?

El maestro Gourami se pasó las manos por los pelos en constante movimiento.

—Un rey humano —le explicó—. Casi ni rey es, la verdad. Posee menos tierras de las que un caballo alcanzaría a recorrer desde que el sol se levanta hasta que llega a su punto más alto.

—Ella me dijo —Sapita hizo un gesto hacia la ventana, hacia el cielo y la luna y el mundo, y el maestro Gourami asintió— que me iban a requerir en casa de mi padre.

—Así es —contestó su maestro—. He estado observando, y eso es lo que parece.

Sapita cruzó los brazos sobre su tronco. Se sentía mal y tenía la piel reseca. Siempre sentía sequedad en ese lugar. No le importaba su padre ni un reino mortal. Lo que ella quería era agua, agua corriendo, y pozas profundas moteadas con la luz que pasaba por entre el follaje.

—Han transcurrido cinco días en el mundo de los mortales desde que te robaron —sonrió él levemente—. Así que tenemos unos cuantos años para que te enseñe todo lo que pueda, y entonces te mandaré de vuelta al mundo de los mortales para que llegues al séptimo día de tu nacimiento, para servir de madrina a la bebé que ocupó tu lugar.



CAPÍTULO 4

Al oír el sonido de los cascos de caballo, Sapita cerró un instante los ojos y pensó: “¡No puede ser que llegue otro!”.

No pensaba acercarse a éste. Por ningún motivo. No podía confiar en ella a la hora de hablar con humanos. Halim se había ido y, si los dioses eran benignos con este insignificante sapo, no volvería. Sapita no creía que fuera capaz de enfrentarse a otro humano.

El sonido de cascos se separó entre dos bestias, una grande y otra pequeña. Sapita saltó hasta el límite del zarzal para ver mejor.

Al parecer, los dioses ni se acordaban de ella. Era Halim, y había llevado una mula.

“No pienso salir. Se irá pronto si no me ve”.

—¡Doña Sapita! —llamó el caballero—. ¡Soy yo, doña Sapita, Halim! ¿Se dignaría dirigirme la palabra de nuevo?

—Fuera de aquí —dijo ella, poniéndose de pie y rompiendo al momento la promesa que se acababa de hacer.

Él se volvió al oír su voz. A juzgar por los finos huesos de su cara, la mula no era nada joven, e iba cargada de bultos.

—Traje cosas que sirven para romper conjuros —dijo él—. No sé quién o que la maldijo, ni cómo lo hizo, así que traje todo lo que pude encontrar —señaló a la mula con un gesto—: Traigo sal y salvia y serbal y ruda y velas, y un cuchillo bendecido con invocaciones por el imán de mi madre y también por el monje benedictino que se ocupa de la biblioteca, así que creo que, por uno y otro lado, debe estar muy santificado. No pude encontrar a ningún rabino. Bueno, sí di con uno, pero quería venir porque jamás había visto a un hada, y pensé que eso no le gustaría a usted.

Sapita empezó a reír porque, de lo contrario, iba a ponerse a llorar.

—¡Le advertí que no pesa sobre mí ninguna maldición que me condene a permanecer en este lugar!

“Maldita por la suerte. Por las circunstancias. Maldita por ser lo que quiera que soy...”.

A Halim no pareció importarle en lo más mínimo esa respuesta.

—Algo se nos ocurrirá.

Condujo a la mula y a su caballo al lugar donde había acampado antes y encendió una fogata. Sapita lo siguió, sintiéndose emocionada y desesperada y furiosa a la vez.

—Por favor... —empezó ella, y no se le ocurrió ninguna manera de continuar la frase, ni siquiera por el hecho de que él levantara la vista para mirarla y aguardara.

—Todo va a estar bien —dijo él, cuando resultó obvio que ella no diría nada más—. Si puedo arreglar las cosas, lo haré.

Ella debió decirle que se fuera. Lo sabía.

Se sentó junto a la fogata con él y comió pan espolvoreado con sal. Llevaba doscientos años sin probar el pan. El sabor de la sal se sentía tan intenso en su lengua que pensó que le iba a sacar lágrimas de nuevo.

—¿Eso se debe a que el hechizo se está rompiendo? —preguntó Halim mirándola atentamente.

—Hace mucho tiempo que no comía sal —explicó ella—. Las provisiones me duraron mucho, pero terminaron por acabarse... No debería estarle contando eso.

“¿Por qué no? Él sabe que hay un castillo. Sabe que hay un hechizo. ¿Qué es lo que pretendo ocultarle?”.

Él le sonrió y le pasó la sal. Ella habría creído que él no podía darse ese lujo. La sal era algo muypreciado, y él era un caballero pobre, pero se la ofreció sin reservas, y ella la aceptó agradecida.

—Mañana —dijo Halim—. Mañana trataremos de romper la maldición.

—¿Y si lo que pasa, como ya lo he dicho, es que no hay maldición alguna?

—Entonces, me atreveré a entrar al castillo por usted, doña Sapita. He traído equipo para escalar los muros y un hacha. El monje dijo que no hay muchas maldiciones que puedan resistir el embate de un hacha.

—Parece muy sabio este monje —replicó Sapita—. Ojalá hubiera sido lo suficientemente sabio como para decirle que no volviera por aquí.

—Pues el monje es tan curioso como yo. Y la curiosidad es algo peligroso —sonrió pesaroso—. Siempre pensé que iba yo por buen camino. Casi no hay caballeros que tengan más posesiones que su caballo y su armadura, así que van y pelean en torneos por bolsas de oro, o viajan para hacerse mercenarios a cambio de dinero, y después, la mitad de las veces, se juegan al azar todo lo que lograron. Y yo odio el juego, y en realidad no me interesa batirme y herir a otros hombres para obtener una bolsa de premios, en especial si esos hombres son amigos míos. Pero resulta que si me presentan un misterio... bueno, ahí sí logran cautivarme —movió la cabeza hacia abajo levemente, con esa especie de reverencia que ya había hecho.

—Pero usted es como cualquier otro caballero —repuso ella con amargura—. Quiere rescatar a la bella doncella presa en la torre.

—Bueno, si en realidad está allí, supongo que rescatarla es un asunto de elemental decencia. Pero tengo que decir, no sin cierta vergüenza, que algunos de mis compañeros caballeros probablemente sólo estarían interesados si a la par de la doncella hubiera un tesoro.

—No hay tesoro.

—No pensé que lo hubiera. Vine más que nada en busca de respuestas. O tal vez sólo por la historia aquella.

Sapita suspiró. No sabía cómo podría contrarrestar una historia. Había aprendido muchas de las dientesverdes y, después, del maestro Gourami, pero nadie le había enseñado cómo combatir una en particular.

Se le pasó por la cabeza que tal vez debería matar a Halim mientras durmiera.

Esa idea brotó y fue a acomodarse acurrucada en su corazón, y ella trató de sacársela de encima. Ya había habido tantas muertes... La reina y la nodriza... aunque no el perro, que habían logrado llevarse a tiempo. Tal vez otros que no habían encontrado. Parecía probable.

“Y en todo caso, todos ya hubieran muerto de viejos. ¿Acaso importa?”.

Halim le sonrió por encima de la fogata, y ella le arrancó otro bocado al pan y sintió el regusto de la sal, como sangre en el migajón.

El bautizo no fue ostentoso. No hubo lazos de seda en la cuna de la bebé ni una multitud de personas colmándola de buenos deseos.

Había un sacerdote, y el señor que a duras penas era rey, y la madre y un puñado de sirvientes.

Y Sapita.

Ella entró en la pequeña capilla esperando ser cuestionada a cada paso, pero nadie la detuvo.

El valor la había abandonado, pero no todo su entrenamiento. El maestro Gourami la había hecho practicar cientos de veces, miles. En el último año de su educación, la había llevado a varias cortes de hadas diferentes y en todas ellas había encontrado una puerta que llevaba a una habitación y allí habían ensayado.

Tal vez era raro haber practicado eso. No era como la magia o la etiqueta o las letras que aún se le enredaban en la lengua. Era algo que apenas duraría unos minutos y después ¿de qué habría servido todo ese año de su vida?

Pero el maestro Gourami conocía bien esa arcilla que debía moldear, y cuando Sapita se plantó en los peldaños y miró por la puerta abierta, no se arrepintió de una sola de las horas del año que había transcurrido en ensayos.

“Hay que subir esos peldaños. Son como los que hay en las casas de Adhene, toscamente tallados en la piedra y desgastados por los pasos. He subido peldaños así antes”.

La puerta estaba abierta y había un guardia vigilándola. Pero no era un hombre de armas que estuviera a la espera de combatir, sino un joven, casi un niño. La miró boquiabierto, muy seguramente porque acababa de verla surgir del suelo, una mujer vestida de barro cuarteado y piel de sapo.

En el último año de su educación se había enfrentado a todo, desde hombres armados hasta maestros, sacerdotes que le arrojaban agua bendita a la cara, hadas hostiles y también una monja. (La monja era humana de verdad, y vivía en el reino de las hadas. Había llegado hacía mucho y se había quedado, y el tiempo había corrido en la dirección opuesta para ella. “No tiene sentido

regresar”, decía. “Al instante me convertiré en polvo, como los hijos de Lir. Y no está de más que haya una representante de la Iglesia en esta tierra olvidada de Dios”. Era amiga cercana del maestro Gourami, y Sapita la admiraba y le temía a la vez.)

Las hadas y duendes hostiles habían sido los únicos capaces de detenerla, en la práctica, y el maestro Gourami había pasado a otros temas al final.

—Dudo mucho que manden a alguien a proteger a la bebé usurpadora —comentó—. Y si llegaran a hacerlo, pues... Ya veremos cómo lidiar con eso.

Como Sapita no tenía idea de qué implicaciones tendría eso, le dio gusto ver que este hombre armado era apenas un jovencito.

“Debes pasar más allá del guardia. Encántalo, si puedes. Mátao, si es necesario”.

Sapita levantó la mano y dijo:

—Vengo en son de paz y traigo buenas intenciones.

La boca del guardia se movió sin que brotara ningún sonido. Ella le impuso un pequeño encantamiento, tan sólo uno pequeño: “No pasa nada aquí. No es asunto tuyo”.

El rostro del guardia se relajó. Su barbilla descendió hasta su pecho, como si fuera a quedarse dormido. Sapita miró más allá, hacia la puerta de la capilla.

En sus ensayos, esa puerta a veces estaba abierta. A veces, tenía cerradura y barrotes y celosías metálicas. A veces, alguien le arrojaba agua hirviendo por los agujeros para disparar flechas, pero el agua siempre había sido su amiga. Había rodado sobre ella, deliciosamente húmeda, con el vapor chisporroteando contra su piel con gran deleite, para ir a formar un charquito a sus pies. Y el maestro Gourami había dicho “*Bien*” varias veces, mientras sus largos pelos de las orejas se estremecían de sorpresa.

Aquí no había cerraduras ni barrotes ni agua hirviendo. Sapita cruzó la puerta hacia la capilla, donde los padres de la criatura por

bautizar no sabían que esa bebé estaba usurpando su lugar.

En la mañana, fiel a su palabra, Halim llevó sus implementos para romper conjuros.

—Avíseme de inmediato si siente dolor —le dijo ansioso.

Sapita negó con la cabeza, algo perpleja al verlo así, y más aún por darse cuenta de que ella no tenía impulsos de salir huyendo.

—Muy bien —le contestó—. Si eso le complace.

No se podría decir que toda la cosa fuera bien, aunque tampoco que fuera mal. Sapita esperó pacientemente a que el caballero la salpicara con agua bendita, y encendiera unas cuantas velas formando un círculo, y recitara versos del Corán, aunque nada de eso tuvo efecto.

—¡No puede ser! —exclamó Halim—. Supongo que debería probar también con alguna oración cristiana para cubrir todos los flancos, pero sospecho que a mi madre eso no le gustaría. Y no sé si será blasfemia o no que lo haga, y es probable que no sea adecuado blasfemar cuando uno está rompiendo un conjuro.

—Yo me encargaré —dijo Sapita, y se lanzó a recitar el padrenuestro—. Padre Nuestro que estás en el cielo...

Las palabras se le enredaban en la garganta, pues su don de hada trataba de actualizarlas a la lengua del presente. Se había aprendido esa oración hacía doscientos años para darle gusto al sacerdote, y las palabras que conservaba en la memoria eran diferentes de las que pronunciaba su lengua.

Halim esperó educadamente, pero nada sucedió.

—¿Qué viene después? —preguntó Sapita.

—Se supone que debo arrojarle a la cara esta mezcla de salvia y sal —dijo vacilante—. Pero eso me parece bastante agresivo.

—Hágalo —ella cerró los ojos. Sintió que se le dibujaba una sonrisa ridícula en la cara y no lo pudo evitar.

El caballero seguía sin atreverse a arrojarle la mezcla. Ella sintió que le aplicaban sal y hierbas con suavidad en la mejilla. Y eso no tuvo el menor efecto.

—Lo último —dijo Halim—. Mmmm... se supone que debo hacerle un pequeño corte con el cuchillo bendecido.

Ella le tendió la mano.

Él dejó de mirar el cuchillo para mirarla a ella y luego otra vez al cuchillo. A Sapita le pareció ver que el caballero se había tornado en una palidez verdosa.

—¿Acaso no es usted caballero? —le preguntó ella—. ¿No ha herido a nadie antes con un cuchillo?

—A muy pocas personas, a decir verdad —contestó él—. Y todos ellos habían tratado de herirme a mí primero.

Ella rio y tomó el cuchillo de la mano de él.

No era nada muy difícil. Los hechizos del maestro Gourami a menudo requerían una gota de sangre para sellarse. Sapita tanteó la yema de su pulgar con la punta del cuchillo hasta sentir que la piel se abría.

El acero siempre era perjudicial para las hadas, pero para aquellas que habían nacido de humanos no era tan malo. Su sangre era más oscura y líquida de lo que sería la de Halim, y sospechó que esa cortada le ardería durante unos cuantos días, pero eso sería todo.

Giró el cuchillo para entregárselo por la empuñadura.

—¿Ya quedó roto el conjuro? —preguntó él.

—En realidad, no hay ningún conjuro —explicó ella—. Al menos, ninguno que pese sobre mí.

El caballero suspiró.

—Entonces, imagino que tendré que subir a la torre.

Ella dio un respingo y su sonrisa se desvaneció.

“¿Cómo podrá oponerse a ella este hombre que ni siquiera fue capaz de hacerme un minúsculo corte? Va a entrar a la torre y la verá, y pensará que he estado mintiendo, y la despertará y...”.

—Desearía que no lo hiciera —contestó ella.

—Pareciera ser la única manera de liberarla, doña Sapita.

Ella negó con un movimiento de la cabeza.

—¡No sé por qué se empeña en hacer esto!

—Bueno... —Halim se distrajo haciendo a un lado la sal con hierbas—. Está el asunto del misterio, claro. Pero además...

—¿Hay algo más?

—Quisiera rescatarla a usted, doña Sapita —se vio ligeramente avergonzado por semejante confesión—. Nunca he sido de provecho para nadie, ¿sabe?

—Pero yo no soy exactamente una bella doncella a la que un caballero andante quisiera rescatar —contestó ella—. No es que yo sea exactamente bella.

—No —continuó él—. Sé que debería decir que sí lo es, porque sería caballeroso y galante. Pero yo tampoco soy apuesto, ni rico, y los hombres no suelen sentir el impulso de seguirme a la batalla, y ya le conté lo que me sucede con respecto a los torneos, así que he fracasado en casi todo lo relacionado con ser un caballero. Estaría muy bien hacer algo y no fracasar en el intento. Y usted me resulta... mmmm... —se encogió de hombros— interesante. Y triste.

Sapita llevaba mucho tiempo sumida en la tristeza, pero no estaba acostumbrada a ser interesante. Había sido casi invisible durante tanto tiempo en casa de su padre que oír eso la sorprendió.

—Interesante... ajá... —exclamó ella.

—Y se ve usted un poco como mi amigo Faizan en otros tiempos, cuando hacía algo malo y esperaba que su madre se enterara —comentó Halim—. Su madre era mucho más severa que la mía. Y Faizan siempre decía que lo peor era el miedo.

Esas palabras se metieron por entre las costillas de Sapita, para herirla de una manera en que el cuchillo no lo había hecho. Exhaló con un breve resoplido de dolor.

El caballero no se equivocaba. Ella había vivido sumida también en el miedo durante doscientos años.

Él iba a treparse a la torre y a ella no se le ocurría ninguna forma de impedirselo.

Y en su interior, una vocecita insensata decía: "A lo mejor todo resulta bien".

—Ya será mañana —añadió ella sin más—. Pero traiga el cuchillo.

—**D**eberás cruzar la puerta de la capilla —explicó el maestro Gourami— y buscar la cuna. Deberás entregarle este don: que nunca le haga daño a nada ni a nadie —se acomodó en la silla, con la luz del fuego iluminando su cara, proyectando sombras violetas y doradas.

Sapita se sentó tan lejos del fuego como pudo, con los pies en una vasija con agua. Eso le ayudaba a pensar, y si sucedía que ya no tenía ánimos de pensar, por lo menos eso la sosegaba un poco.

—¿Y tratarán de detenerme? —preguntó ella.

—Cuando un hada madrina te entrega un don, no es posible devolverlo. Vamos a ensayarlo todo antes —dijo Gourami con firmeza—. No te voy a enviar sin haberte preparado debidamente.

Y había cumplido. Sapita no podía culparlo de no haberlo hecho.

La culpa era suya en su gran mayoría.

Cuando entró por la puerta de la capilla, vio a un hombre parado allí, y pensó: "¿Será mi padre?".

Iba vestido con túnica y manto, y llevaba una cruz al cuello. Estaba de pie detrás de la canasta, que no era una cuna, sino una

especie de cesta pequeña con una bebé dentro, y el hombre tenía la boca abierta por el asombro mientras la miraba.

Sapita sabía que era posible que tuviera que pelear con su padre, aunque tenía instrucciones de no matarlo. Era muy importante que no lo matara, según órdenes de las hadas, que podían decidir si querían que se hiciera algo o no. Y por eso el maestro Gourami le había enseñado varios conjuros para oponerse a un hombre y sus actos, y un hechizo poderoso para sanar, en caso de que el enfrentamiento tuviera consecuencias sangrientas.

Este hombre no parecía que fuera a oponerse a ella. Se veía viejo, y la piel de su cuello se notaba flácida y gruesa.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó otro hombre, levantándose del piso. Había estado de rodillas hasta ese momento. Era más joven y no muy alto o corpulento, pero llevaba encima tantas capas de ropajes confeccionados con tejidos gruesos y pesados, además de pieles, que daba la impresión de ser un tonel—. ¿Quién...?

Luego, miró a Sapita a la cara, de lleno, y su voz se quebró entre tartamudeos.

Sapita pensó: “Pero ¡qué tonta soy! Éste es mi padre. El anciano es el sacerdote”.

Su padre, el rey.

Los labios del rey se retorcieron, y ella vio las emociones que desfilaban por su rostro: sorpresa, disgusto y, por último, miedo. Se preguntó si ella debería estar sintiendo algo. “Éste es mi padre. Este hombre es mi padre”.

Pero el maestro Gourami la había entrenado bien. Las palabras cayeron en su mente como amortiguadas por la hojarasca. La superficie del hondo pozo de su alma permaneció inmutable. Se quedó a la expectativa de que el rey la atacara, con el conjuro en la punta de la lengua.

Pero resultó que el miedo hizo que el rey respondiera con cortesía.

—Le ruego que me perdone, hada madrina —dijo, poniéndose una mano sobre el pecho—. No esperábamos tener... No esperábamos recibir semejante honor.

Sapita también se había preparado para esta situación. Incluyó la cabeza muy levemente, ya que las hadas no están sometidas a los reyes, y dijo:

—He venido a traer un don.

“Éste es tu don: no le harás daño a aquellos que te rodean”.

Estas palabras chocaron contra sus dientes, tratando de salir, pero ella no llegó a pronunciarlas.

Un instante después, pensó en cómo haría este hombre para reinar. Los señores del reino de las hadas mantenían sus emociones selladas tras murallas de carcajadas irónicas, de manera que uno no sabía si lo iban a matar hasta que ya estaba muerto. Este reyezuelo, al oír la palabra “don”, dejó entrever una expresión de codicia tan evidente como una espada desenvainada.

—... No —dijo una voz tan suave y tenue como una telaraña, y el rey y Sapita se volvieron hacia ella.

Lo primero que pensó es que sería una criatura hostil del reino de las hadas que había venido también. La mujer plantada ante ella tenía la piel tan pálida que era casi transparente, y se mecía sobre sus pies como un sauce. Las puntas de sus dedos eran casi azules.

“Una plañidera”, pensó Sapita. “Una criatura de presagios y portentos, capaz de gritar de repente y hacer caer paredes y muros...”.

La mujer se abalanzó hacia delante.

Sapita dio un paso atrás con un conjuro defensivo a flor de labios.

Pero no era necesario hacer tanto. La mujer no pretendía atacarla, sino sólo llegar hasta la canasta con la bebé.

Se tambaleó y estuvo a punto de caer sobre la canasta, pero otra mujer se apresuró a sujetarla por el codo:

—¡Alto, majestad! No debería agitarse así...

—No —jadeó la pálida mujer con su voz de telaraña—. No, no, déjela en paz. No vaya a echarle una maldición, se lo suplico...

El maestro Gourami la había entrenado para responder a personas suplicantes. Sapita miró a la pálida mujer y le dijo, mecánicamente:

—Mis intenciones son buenas.

—Haz el favor de retroceder —dijo el rey, con tono irritado—. El hada madrina habló de un don, no de una maldición.

—Ya sabes lo que son esos dones —dijo la mujer, tratando de levantar con sus débiles brazos la canasta con la bebé. No pudo mantenerse en pie y la doncella trató de enderezarla, y el rey se movía indeciso, tratando de adelantarse, pero eso lo obligaría a pasar por delante de Sapita, y quizá semejante cosa podría considerarse hostil o irrespetuosa. ¿Acaso el hada madrina retiraría su oferta de darle un don a la bebé?

Todo eso lo leyó en su rostro, y fue sólo en ese momento, tardíamente, que Sapita se dio cuenta de la verdad.

No la habían entrenado para esto específicamente. La mujer había estado al borde de la muerte cinco días atrás, y no debía haber salido de su cama por ningún motivo. El maestro Gourami ni siquiera había contemplado la posibilidad de que fuera a estar presente en el bautizo.

Ni siquiera se había planteado la idea de que fuera *capaz* de hacerlo.

Sapita bajó la vista para mirar a la mujer desplomada a sus pies.

Movió los labios, pero fue incapaz de pronunciar la palabra en voz alta. Esa palabra no tenía significado, pero resonó bajo sus costillas hasta que todo su cuerpo se sacudió con ella.

“¿Madre?”.

Sabía que debía estar sintiendo algo. Su madre estaba tendida en el suelo ante sus pies, intentando todavía alcanzar la canasta, y por la parte del frente de su vestido se iba extendiendo una mancha de sangre. A su madre se le había desgarrado algo por dentro, el movimiento había abierto la herida de nuevo y ahora se estaba desangrando a los pies de Sapita.

Miró a la mujer en el suelo, pero su mente estaba llena de algas y de la Mayor, que sostenía una piedra gris con un agujero en medio ante su vista, y de la mano palmeada de Anadácea sujetando la suya. Ésas habían sido sus madres. ¿Qué nexo tenía ella con esta mujer? ¿Qué era lo que debía sentir en estas circunstancias? ¿Algo? ¿Nada?

Se agachó y tomó la mano de su madre.

—Por favor, no la vaya a maldecir —le susurró la mujer mortal—. Se lo ruego.

—No lo haré —contestó Sapita—. No es una maldición lo que traigo, sino un don. He venido para evitar que ella haga daño...

Y la magia surtió efecto.

No habían practicado la parte de lanzarle el conjuro a la bebé que usurpaba su lugar, porque no era algo que pudiera ensayarse con antelación. Era un encantamiento y ella había recibido las palabras y las había repetido tantas veces que era capaz de decirlas hasta dormida.

“Éste es tu don, que no les harás ningún daño a quienes te rodean”.

“Deberás decir esas palabras de esa forma exacta”, le había explicado el maestro Gourami. “La magia está entretejida en ellas. Si las dices de otra manera, podría ser que cambies el conjuro, y no habrá otra oportunidad para enmendarlo”.

no les harás daño a quienes te rodean

no les harás daño a quienes te rodean

Desde la primera semana de práctica había logrado pronunciar la frase sin equivocarse.

Y ahora, en su titubeante explicación a la mujer que debía haber sido su madre, había dicho demasiadas palabras y en el orden equivocado, y ahora el conjuro se elevaba desde su cuerpo como una serpiente hecha de vapor, retorciéndose hasta encontrar su verdadera forma y envolviendo la canasta en la cual estaba la bebé.

—No —susurró Sapita horrorizada—. No, no, yo no quise... no había terminado... no era mi intención...

La magia se apoderó de la canasta y lo que contenía, y la bebé se movió y abrió los ojos. Eran tan verdes como el veneno y se clavaron en Sapita, y el espíritu que había tras esos ojos era antiguo y frío y cruel.

Y así sucedió.

El don fue entregado.

“He venido para evitar que ella haga daño”.

Su madre agonizaba sobre el piso empedrado, y Sapita sintió que la puerta hacia el reino de las hadas se cerraba a sus espaldas.



CAPÍTULO 5

Sapita se había resignado a que Halim se abriera camino hasta el interior del castillo y a lo que pudiera suceder después. Pero había olvidado lo espeso de los zarzales y espinos, y lo tupido de los árboles que habían crecido alrededor de las entradas.

—Esto sería más sencillo si usted pudiera convertirse en sapo —le dijo a Halim luego de verlo trabajar con una hachuela durante varias horas, derribando la muralla de espinas.

El caballero la miró levantando una ceja.

—Puedo decir con certeza que, en toda mi vida, nadie me ha dicho cosa semejante. ¿Podría mostrarme cómo hacerlo? —le preguntó.

Sapita lo pensó un poco. Anadácea le había enseñado... ¿sería lo mismo con Halim?

Tomó la mano de él con cautela. Su piel se sentía tibia. Apoyó su muñeca contra la de él y pensó en la magia fluyendo como agua por encima de un dique.

Un instante después. Halim dio un grito y trató de atraparla cuando ella se convirtió en sapo en el aire y cayó al suelo.

—¡Ay, doña Sapita! Tenga cuidado. ¿Se encuentra usted bien?

Ella se puso en pie riendo. La caída, sobre la suave hojarasca, no había tenido consecuencias, y se había transformado nuevamente en humana al momento de tocar el suelo.

—Estoy bien —dijo ella—, pero no. No creo que pueda enseñarle. Creo que... —trató de recordar lo que sabía de magia. El maestro Gourami había hecho lo mejor que había podido, pero la magia de las dientesverdes era cosa de instinto y de mover las aguas. En cambio, la magia que requería palabras nunca se le había dado bien—. Me parece que usted es... demasiado humano —abrió las manos sin saber qué más hacer.

—Y usted no lo es —aseveró Halim, no a modo de reproche, sino como una simple afirmación.

—No del todo —dijo ella—. Ya no, al menos —no tenía ningún sentido mentir—. Nací humana —siguió—, pero después pasaron muchas cosas.

—Esto no me lo esperaba cuando empecé a buscar en los libros todo lo relacionado con un castillo perdido —respondió él.

—No, me imagino que no se lo esperaba —añadió ella con un suspiro.

Halim volvió a su labor de abrir el paso por entre los espinos, y Sapita volvió a su puesto, a observar lo que hacía el otro.

La diosa se le apareció en su forma de liebre dos días después del bautizo, mientras Sapita estaba en un rincón del patio de los establos, agazapada en su forma de sapo.

—Soy un fracaso —dijo Sapita. Los sapos no hablan de la misma manera que los mortales, pero ella sabía que la diosa entendería su conversación batracia.

—¿Lo eres? —la liebre se sentó junto al sapo. La luz de la luna con tintes plateados caía suavemente sobre las verrugas y los pliegues del lomo de Sapita.

—El conjuro salió mal —anunció Sapita con pesar—. Dije las palabras que no eran. Yo pretendía explicarme, pero hablé de más, y estaba asustada y todo terminó mal.

—Dime exactamente cuáles fueron las palabras que usaste —le pidió la diosa, y Sapita así lo hizo.

Hubo un largo silencio.

—¿Dónde está la madre ahora? —preguntó la liebre al fin, y Sapita sintió un extraño alivio. Si la diosa hubiera dicho “tu madre”, habría sido demasiado para ella. No quería que hubiera una relación de pertenencia con estas personas, ni de esas personas hacia ella. Que le hablaran de “la casa de tu padre” ya había sido suficientemente difícil.

La madre era una criatura del reino de los mortales, y Sapita sabía que ella no pertenecía a él.

—La curé —replicó—. Fue con el hechizo que me enseñó el maestro Gourami, el que debía usar en caso de que hubiera tenido que enfrentarme con alguien —soltó una risotada corta y áspera, un ronco croar en la penumbra—. Y con eso me gané un lugar aquí. ¿Quién se lo iba a imaginar? Piensan que cedí mis poderes mágicos para salvarle la vida. El rey dijo que yo sería un miembro honorario de su familia, y yo no supe cómo explicarle y desenredar el asunto.

—Pues entonces no te esfuerces más por hacerlo —la diosa se estiró y replegó sus orejas contra su lomo—. Le diste a la bebé usurpadora un don, y no se lo puedes quitar.

Sapita la miró parpadeando.

—“Es un don. He venido para evitar que ella haga daño” —dijo la liebre—. Eso fue lo que le diste, para bien o para mal —se rascó las orejas con una de sus patas traseras, muy veloz, mientras Sapita la miraba con ojos desorbitados—. No es lo que esperábamos que

hicieras, pero es un don que ya le diste. Ahora tu deber es evitar que haga daño.

—Pero ¿cómo? —susurró Sapita—. ¿Cómo puedo evitarlo? ¿Cómo voy a permanecer aquí?

La diosa estaba cambiando de color, tornándose plateada, y Sapita podía ver el fango del patio de los establos a través de ella.

—Aprende todo lo que puedas. Aprovecha lo que vayas aprendiendo. Aún no has fracasado —frotó brevemente su nariz con la de Sapita y luego corrió hacia la luz de la luna y desapareció.

A la bebé usurpadora la llamaron Fayette, lo cual era una gran ironía. A Sapita su don de lenguas le permitía apreciar la ironía en toda su magnitud. “Pequeña hada. Sí, claro”.

Era una bebé rara, que se convirtió en una niñita rara, y pronto fue evidente que había algo en ella que no era del todo normal.

—Ésa tiene pacto con el diablo —susurraba la nodriza, persignándose. Pero Fayette había recibido el bautizo, así que era de esperar que Dios supiera de su existencia, y un hada le había entregado dones, así que ni las nodrizas más supersticiosas habrían podido sospechar abiertamente de Sapita.

Cualquier otra hada se hubiera aprovechado de su historial como sanadora exiliada para exigir tratamiento especial y que se le cumplieran los caprichos. Pero Sapita trataba de ser útil y tartamudeaba cuando estaba nerviosa, y tenía unos ojos hermosos de mirada preocupada, en medio de una cara poco agraciada. Era cierto que su capacidad para transformarse en sapo resultaba impactante, pero no implicaba explosiones ni nada truculento con sangre, y ella era un sapo tan pequeño e inofensivo, y una humana tan pequeña e inofensiva, que se tomaba el trabajo de hacer su

transformación donde no pudieran verla para que nadie se impresionara.

Cuando la comadrona le preguntó, con grandes reservas, si sabía de alguna magia que pudiera ser de utilidad en la despensa, le dio tanto gusto poder ser útil que llegó con haces de algas y ramas de serbal, y le mostró a la comadrona cómo formar los manojos atados con hilo rojo, y las sirvientas pasaron tres días colgándolos en cada ventana del castillo.

—Yo pensé que me iba a quedar ciega de tanto hacer nudos —confesó luego la comadrona—, pero ella no se detuvo. Pobrecita. Creo que nuestra hada no sabe qué más hacer.

Sapita, que tenía un oído excelente, la oyó y eso de que la llamara nuestra hada le produjo alegría y temor a partes iguales.

—Mi madre. La casa de mi padre. Nuestra hada —parecía que el reino de los mortales se empeñaba en reclamarla de alguna manera para sí, con o sin su venia.

La niñez de Fayette transcurrió con Sapita observándola desde los rincones, u oculta en la húmeda oscuridad del sótano, o en un rincón fangoso del patio de los establos. Iba a pescar y traía de regreso lo que hubiera atrapado. Al principio, la cocinera le agradecía y les arrojaba el pescado a los perros, temerosa de la magia, pero luego pasó a agradecerle y a preparar el pescado para comer, hasta que con el paso del tiempo dejó de darle las gracias, y al pasar junto a ella le pedía:

—Anda a traerme unos pescados, Sapita, si tienes tiempo.

Si hubiera tenido ínfulas de grandeza, se habría ganado el resentimiento, pero al ser como era, lo que se cosechaba era un desprecio bondadoso. La tenían más o menos en la misma estima y respeto que al sacerdote, que era ya mayor y un poco disparatado, y se ganaba un desprecio cariñoso. Él era “nuestro sacerdote” y Sapita, “nuestra hada”, y se esperaba que cada uno intercediera ante los otros reinos porque ésa era su función.

A veces, Sapita se preguntaba si el sacerdote se sentiría tan asustado y abrumado como ella, pero él, a diferencia de la mayoría de los habitantes del castillo, nunca olvidaba que ella era un ser de otro mundo, y siempre se veía un poco tieso y formal y atemorizado en su presencia. Le enseñó el padrenuestro para que ella lo pudiera repetir y así probar que no era una criatura del demonio, y luego ya no quiso tener nada más que ver con el hada.

A Fayette dejaron de amamantarla pronto porque la nodriza decía que ya había tenido suficientes mordiscos, y que si el rey quería que a la bebé le dieran el pecho, bien podía hacerlo él. El rey era débil, pero tenía sentido del humor y eso compensaba un poco y le divertía toda esa historia, aunque a la reina no.

Al tercer año, los berrinches de Fayette se hicieron cada vez más peligrosos. Le mordió la mano a su nueva nodriza y la herida llegó hasta el hueso, y le arrancó a su madre el pelo hasta el cuero cabelludo. Si se le daba una palmada, se lanzaba contra el atacante con uñas y dientes, y como le hacía lo mismo a cualquiera que intentara cortarle esas uñas, dejaba largas cicatrices con bordes irregulares.

Sapita se enteraba de todo esto desde su lugar habitual en un rincón del patio, agazapada con su panza de sapo metida en el barro, en silencio y fuera del camino de todos, y supo que había llegado el momento.

No quería moverse de allí. Tenía muchas ganas de quedarse entre el fango, fresco alrededor de sus patas. Sostenía su peso y se curvaba para adaptarse a su cuerpo. Hubiera querido no moverse nunca más.

Pero no tenía alternativa. Estaba allí para evitar que Fayette hiciera daño.

Se enderezó, se revistió de carne humana y fue al cuarto de la niña.

La nodriza la vio llegar.

—Será sólo un momento, doña Hada —le suplicó—. Sólo... sólo le pido que la cuide un momento, por favor.

—Sí —dijo Sapita—. Para eso estoy aquí.

La nueva nodriza voló escaleras abajo, con tal prisa que Sapita temió que no llegara sana y salva al final.

En las sombras de la habitación, la niña se movió.

—Óyeme bien —le dijo Sapita a Fayette. La niña la miró con sus ojos fieros y claros, no como las aguas turbias que Sapita adoraba—. Aún no sabes lo que eres, pero yo sí. Yo lo sé. Trataré de ayudarte, pero tienes que ser buena. Eres capaz de hacer mucho mal. Trata de ser buena y de portarte bien.

Con la obstinación en la barbilla y sus fieros ojos verdes, Fayette abrió la boca y Sapita vio el centelleo de los dientes tras los labios.

—No —contestó Fayette con su voz aguda de niña—. No quiero.

Llegar hasta las murallas del castillo le llevó a Halim mucho más tiempo del que Sapita esperaba. Ella se había hecho a la idea de que sus defensas eran frágiles, y por eso ahora estaba perpleja. Pasaron días entre el sonido de los trozos de madera que volaban por el aire y las maldiciones de Halim, seguidas poco después por disculpas, sin importar que ella todo el tiempo le repitiera que no le molestaba oír semejantes cosas.

—Mil perdones —dijo él—. Es un asunto de caballerosidad... No, no es verdad. En realidad, es por mi madre. Si se me escapara una maldición delante de una dama, ella me regañaría, así que ahora me disculpo por instinto. La disculpa es parte del impropio. ¡Si me doy un golpe en el dedo gordo del pie, digo "demoniosmedisculpo"!

Sapita murmuró una maldición no muy terrible en la lengua de las dientesverdes, que se oyó como un chillido burbujeante. Halim abrió los ojos como platos.

—Perdón —se disculpó ella, y luego sonrió, porque ahora la disculpa era parte de su exclamación también—. En la lengua de quienes me criaron, eso es... más o menos lo mismo que usted dijo.

—¿Y podría contarme qué especie de criaturas fueron las que la criaron?

Sapita permaneció tanto tiempo callada que él empezó a atacar el seto de espinos de nuevo. Había llegado a las ramas secas del corazón del zarzal, en lugar de la parte más externa, viviente. Los espinos mueren de dentro hacia fuera, como los sacerdotes. Así que los tallos ya no se apartaban ante su hacha, pero la madera era dura como la piedra y aprisionaba el hacha a cada golpe.

—No hay palabra para ellas en su lengua —dijo al fin—. No puedo encontrar ninguna en mi mente. Son espíritus del agua. Como su *marid*, tal vez, pero pequeñas. Viven en ríos y riachuelos, en pantanos fangosos, pero no en el mar.

—Espíritus menores —asintió Halim—. Dicen que los tipos de *djinnns* son tantos como los elementos que componen el mundo —sonrió intempestivamente—. Claro, los que lo dicen jamás se han topado con uno de ellos. En lugar de eso, yo debería estar preguntándole a usted cosas sobre el otro mundo para así poder escribir un libro que contenga toda la verdad.

Sapita tragó saliva varias veces. Sentía la boca seca.

—Si salimos con vida de ésta —dijo en voz baja—, le prometo que le contaré todo lo que pueda recordar.

El caballero se volvió tan rápido que casi deja caer el hacha y por menos de un palmo no se abrió la pierna de un tajo.

—Entonces, ¿vendrá conmigo?

—Si aún lo desea —dijo ella—. Si no se arrepiente de haberlo propuesto. Su madre parece... bondadosa —tragó de nuevo, preguntándose si la bondad sería suficiente para alcanzar a una niña-sapo.

—“Si salimos con vida” —repitió él. Una sombra se proyectó sobre sus ojos—. Entonces, lo que hay dentro de la torre es muy peligroso.

—Mucho más de lo que usted pueda imaginar.

Cuando la reina la hizo llamar, Sapita se sorprendió, y luego sintió miedo.

Habían cruzado palabra menos de un puñado de veces. Era difícil evitar a otra persona en un castillo tan pequeño, y a pesar de eso se las habían arreglado para no encontrarse. Sapita permanecía en su forma inofensiva y pequeña de sapo cuando la reina andaba por ahí, y no pidió ni exigió formar parte de sus consejos. Cuando Sapita cuidaba a Fayette, siempre lo hacía junto con la nodriza, y nunca con la reina.

Cuando Fayette alcanzó los seis años, la reina hizo llamar al hada del castillo a la habitación del piso más alto, y Sapita, siempre obediente, acudió.

No había nadie más allí, sólo la reina. Estaba mirando por la ventana, y el sol brillaba en su piel.

Sapita sabía que, a ojos mortales, la reina era hermosa. A ella le parecía pálida y con rasgos achatados, y que su cabello dorado caía sin gracia ni movimiento sobre sus hombros.

Entre las dientesverdes, sólo Algaclara era de un color semejante. Se quedaba en el fondo de las aguas, donde el sol no la alcanzaba a quemar, y su palidez servía para atraer a los peces. Usaba sus dedos como carnada, agitándolos para hacerlos ver como gusanos blancuzcos, y luego atrapaba a los peces y les arrancaba la cabeza de un mordisco.

Algaclara hablaba muy poco, pero compartía sus peces con generosidad, como si la comida hubiera ocupado el lugar de las

palabras.

Ese recuerdo brotó como agua ante ella, así que se perdió de las primeras palabras que la reina le había dicho en más de un año.

Se mordió el labio, confiando en que no hubiera sido nada de lo que ella tuviera que dar señas de estar enterada.

Las siguientes palabras sacaron el recuerdo de su mente de un empujón.

—Fayette torturó a un perro esta mañana —dijo la reina.

Sapita se encogió.

—Y el perro... ¿está malherido?

La reina giró la cabeza y miró a Sapita durante un buen rato, en silencio, y luego dijo:

—Se pondrá bien. Uno de los cazadores se lo llevó, para mantenerlo fuera del castillo.

Sapita asintió, aliviada, pero con el estómago revuelto.

“He venido para evitar que haga daño... y una y otra vez he fracasado”.

—Lo lamento mucho —se excusó—. Por lo general, puedo detenerla antes de que...

La reina miró para otro lado, por la ventana.

—Pero ha habido otros.

—Sí —afirmó Sapita, tragando en seco—. Los pájaros que a veces se meten en la torre. Y los del palomar. Y creo que también algunos ratones. Ha aprendido a esconderlos después de su faena.

—La has castigado por eso —dijo la reina, y un pliegue se formó entre sus cejas.

Sapita hubiera querido reírse, no porque le hiciera gracia sino de pura frustración.

—No sirve de nada. Es como un gato que juega. No son seres reales para ella sino... simples cosas que se mueven y aletean y chillan. La nodriza lo ha intentado todo... no es su culpa, ise lo juro!

Pero no logramos convencerla de que son de verdad e importan. Lo siento mucho.

La reina permaneció en silencio un buen rato.

—Tú me salvaste la vida —le dijo, y a Sapita por poco se le escapa pedir perdón, pero se contuvo a tiempo. No tenía que disculparse por eso—. Quise pensar que todo eso era influencia tuya —siguió la reina—. Quise creer que eras un hada malvada que había venido a sacar a mi hija del buen camino, y que salvarme la vida había sido algo que habías hecho para disimular tus verdaderas intenciones.

Su voz era monótona, sin la menor emoción. Sapita pensó en aguas mansas sin la menor ondulación, mientras en lo profundo había algo turbulento.

—Dicen que no pides prácticamente nada —dijo la reina—. Que comes sólo pescado y que no le temes al contacto con el agua bendita ni con el hierro. Que ayudas siempre que puedes, aunque sea algo insignificante —se volvió y al fin miró a Sapita a la cara—. El sapo es uno de los animales del diablo, según dicen, pero yo creo que ése se aparecería en forma de algo agradable, y no... —hizo un gesto con los dedos, como señalando la fealdad de Sapita para luego dejar todo el asunto de lado.

El hada no contestó. Pensó que quizá debería sentir algo al enterarse de que su madre la consideraba fea, pero no fue así. “Tal vez estoy haciendo todo esto mal de nuevo”, se dijo, “al no sentir nada cuando probablemente debería hacerlo”.

Bajó la mirada hacia sus manos, a la cicatriz de la mordedura con la cual la Mayor la había marcado. “No. Tengo muchas madres. Si yo soy fea y repulsiva, todas lo somos igualmente”. Y eso le hizo las cosas más sencillas porque, muy en el fondo de su corazón de corazones, no podía creer que sus madres no fueran bellas.

—Quise creer que tú eras la causa —dijo la reina—, porque hay algo muy extraño y maléfico en mi hija, pero la nodriza dice que

cuando las cosas empeoran, siempre estás ahí para hacer algo. Dice que la niña te araña y te hiere tanto como a cualquiera, y que no te obedece a ti más de lo que me obedece a mí. Y que soportas todo esto, día tras día, sin queja.

Sapita levantó la vista.

—Sí me quejo —dijo con voz ronca—. Al menos un poquito.

Los labios de la reina se curvaron en una especie de sonrisa muy tenue, fantasmal, muy fugaz.

—Tenía la esperanza de que todo fuera por una maldición que le hubieras lanzado —siguió—. Que el don fuera en realidad una maldición. Pero no fue así, ¿cierto?

Sapita negó meneando la cabeza.

—No. Ella... ella no... —no. No podía decir que Fayette había usurpado el lugar de la bebé original, raptada por las hadas. ¿Quién le iba a creer? Alguien podría preguntar dónde estaba la bebé que había tenido la reina, y *ahí* entrarían en un terreno muy difícil de sortear.

Pero la palabra *maldición* la inspiró, y se convirtió en una verdad a medias que resultaba más fácil de contar.

—Sí recibió una maldición, pero no de mí. Fue... fue otra hada. Antes de que ella naciera. Para que fuera cruel. Yo fui enviada para tratar de conjurar esa maldición. Se suponía que debía darle el don y partir después, pero no resultó bien, y por eso sigo aquí, tratando de ayudar —Sapita meneó la cabeza—. Lo lamento mucho. Ojalá hubieran tenido a alguien mejor a quién enviar.

—La nodriza me dice que deberíamos alegrarnos de que sigas aquí —respondió la reina. Soltó un largo suspiro—. ¿Es posible curar a Fayette?

Sapita meneó la cabeza.

—Sólo podemos contenerla —admitió—. Lo siento.

La reina le pegó una bofetada.

—¿Cómo se atreven las hadas a inmiscuirse en asuntos humanos? —preguntó. Su voz seguía siendo calmada y monótona. Daba la impresión de que no se hubiera movido.

Sapita se limpió la sangre de los labios con la lengua. La cabeza le dolía, pero había recibido impactos peores de patadas de los *kelpies* con sus cascos.

No pasó por su mente enojarse ni devolver el golpe.

—Para algunas hadas y duendes es un mero juego —dijo Sapita con sinceridad—. Y a otras les desagrada y tratan de evitarlo cuando pueden.

—Como los ángeles y los diablos —contestó la reina.

Sapita le respondió con una risita infeliz de batracia.

—Creo que los ángeles lo harían mejor que yo.

La reina calló durante un buen rato. Motitas de polvo flotaban bajo la luz del sol. Por la ventana, Sapita podía oír, allá a lo lejos, el sonido de los pollos cloqueando y de uno de los caballerizos cantando para sí mismo.

—No creo que una criatura diabólica hubiera preguntado por el perro —dijo al fin la reina.

Sapita la miró, parpadeando.

—Haz todo lo posible para contenerla —pidió la reina—. Y si encuentras una manera de conjurar esa maldición, házmelo saber. No importa lo que se requiera para hacerlo.

—Yo... yo haré todo lo que pueda —respondió Sapita.

La reina asintió y se vovió hacia la ventana. El hada lo interpretó como una manera de hacerle saber que ya podía retirarse, y salió sin hacer ruido, para luego bajar por las escaleras de caracol.

Se fue pensando: "La única maldición es que esa bebé es una criatura que está usurpando el lugar de la bebé original. Y será tan cruel como pueda serlo, porque ésa es la naturaleza de esos seres en semejante situación. Los espíritus del bien no se roban bebés

para ocupar su lugar. Son sólo los malvados los que son enviados al mundo de los mortales para hacer maldades”.

“Y sólo los obedientes son enviados a tratar de detener a los malvados”.

La huella de la bofetada de la reina le dejó un moretón del color de sus lágrimas. No había manera de ocultarlo, y a Sapita no se le hubiera ocurrido tratar de hacerlo, pero los demás lo notaron.

Cuando veían la huella de la mano de la reina, veían también a Sapita detrás, y eso a ella no le gustaba. Se había esforzado mucho por pasar desapercibida.

No llegó a pensar en esquivar la bofetada. Las dientesverdes no se abofeteaban entre sí, no por ninguna virtud superior, sino porque bajo el agua un golpe así era inútil. Cuando las dientesverdes peleaban, era cosa de dientes y dedos estranguladores, espinas y garras. Sapita no tenía garras, pero había aprendido a morder desde muy pequeña.

Al pensar ahora en lo inútil de las manos humanas, Sapita no pudo evitar sonreír. ¡Era tan pequeña cuando se había desquitado por primera vez de una dientesverdes que le había robado parte de su pescado! Y la Mayor se había reído mucho de su diminuta ferocidad, y la ladrona también se había reído, para devolverle luego el trozo de pescado, y Sapita había sentido orgullo, orgullo de ser peligrosa. Ella tal vez había tenido alrededor de cuatro años.

Pero la sonrisa se disipó pronto. A diferencia de Sapita, Fayette era peligrosa de verdad, y era tan poco lo que el hada podía hacer para obligarla a portarse bien.

Quizá si hubiera habido otra hada junto con ella. Así fuera una tan débil como la propia Sapita. Entonces las cosas habrían sido más

fáciles. Y si no hubiera sido todo más fácil, al menos ella tendría con quien conversar.

Estaba la nodriza, claro. Sapita seguía sin saber cómo se llamaba. Se dirigía a ella diciéndole "Nodriza", y la mujer se dirigía a Sapita con el apelativo "Señora", el mismo que utilizaba con la comadrona y la curandera. Nodriza y señora, a quienes el destino había puesto en el mismo lugar, tratando de controlar a una criatura que parecía una niña, pero distaba mucho de serlo.

Sapita se transformó en su versión más diminuta y resentida, y se agazapó a observar en el sótano, en el fresco espacio bajo los toneles.

"Si buscara ayuda, podría acudir al maestro Gourami, o a la Mayor. O tal vez a un gran señor de los elfos...".

Un gran señor de los elfos podría ser algo muchísimo peor que una docena de Fayettes. Habría podido deshacer todo el castillo, matar a sus habitantes de tanto bailar, convertir los ojos de la reina en libélulas, y reírse a carcajadas cuando se alejaran volando.

O tal vez, a lo mejor, no habría sido así. Quizás el débil rey hubiera dicho algo para divertirlo, o una nube de forma interesante podría haber aparecido y hacer que se distrajera lo suficiente como para olvidarse por completo del insignificante castillo y de su reyezuelo.

Pero ése era el tipo de mente despreocupada y capaz de distorsionar todo a la cual tenía que oponerse Sapita. Fayette era una criatura de uno de esos grandes señores... tan cruel y encantadora y bella que casi era doloroso verla.

"Ahora puedo imponerme sobre ella únicamente porque soy mucho mayor", pensó Sapita, y se le escapó un ruido ronco y áspero, canto de sapo, porque no estaba en su forma humana y no podía reírse. "Y tal vez también se deba en parte a que no tiene a nadie que le enseñe a ser sutil o astuta...".

Casi hubiera podido sentir lástima por Fayette, que estaba muy sola de la misma forma en que Sapita estaba sola...

... pero también estaba el perro.

“El perro... y los pollos y los corderos y el gato y a ver quién más la semana próxima...”, pensó Sapita haciendo una mueca. Había mantenido alejada a Fayette de la mayoría de los animales —iy era verdad que el gallo había resultado perfectamente capaz de defender a sus damas sin la ayuda de ningún hada!—, pero cualquier ser pequeño y asustadizo sería presa fácil.

Sapita había apelado al sacerdote hacía años, cuando empezó a darse cuenta de que contener a Fayette era algo que estaba más allá de su poder.

—Tiene usted que hablar con ella —le suplicó—. Tiene que explicarle. Yo he tratado de hacerlo, y no he podido.

El anciano sacerdote la miró con sus ojos débiles y acuosos.

—Aún no tiene uso de razón —dijo él—. Enséñele el catecismo.

Sapita se llevó las manos a la cabeza para no soltar un alarido. No pudo enseñarle nada a Fayette. A veces lograba engatusarla para aprender algo diciéndole que era demasiado pequeña para entenderlo.

—“El que retiene el castigo, aborrece a su hijo” —dijo él, citando un proverbio.

—Por favor —le rogó Sapita haciendo acopio de toda su paciencia—, su alma necesita algo más que castigo.

El sacerdote hizo un gesto, incómodo, pero sabía cuál era su deber. Quizá lo avergonzaba que fuera un hada quien se lo tuviera que recordar.

Fayette se vio dos veces con él, mientras él trataba de instruirla. A la tercera vez, las horas pasaron y al final Sapita se asomó a la pequeña capilla y encontró al anciano sacerdote muerto, sin ninguna marca visible.

—De repente cambió de color —le contó Fayette, que jugaba con trocitos de la eucaristía en el piso—, y cayó así.

—Y tú no le avisaste a nadie —le dijo Sapita en voz queda, tratando de pensar cuánto tiempo se habría tardado el anciano en morir.

Ella no creía... no creía del todo que Fayette lo hubiera matado, pero podía imaginarla agachada a su lado, mirando interesada mientras el sacerdote jadeaba y manoteaba en el aire.

Fayette se encogió de hombros. Obviamente no había dado aviso.

Enterraron al viejo sacerdote en el cementerio. Fue poco después de que la niña hubiera empezado a mortificar a los animales. La nodriza y Sapita tuvieron buen cuidado de no volver a quitarle un ojo de encima.

¡Y pensar que en algún momento ella había creído que sería capaz de enseñarle a Fayette a ser buena!

Empezó a reírse de nuevo, y el sonido de su canto de sapo resonó en las piedras y llenó el sótano, aunque no había nadie más que la pudiera oír.



CAPÍTULO 6

—¿Es un *lindworm*? —preguntó Halim.

Sapita ladeó la cabeza, intrigada.

Estaban sentados junto a la fogata. Halim había dejado de abrirse paso entre las zarzas cuando se hizo tan oscuro que ya no podía ver el hacha.

—Cortarme un pie no sería la mejor manera de terminar mi búsqueda y a usted no le serviría de nada. Aunque mi madre no se sorprendería en lo más mínimo.

El caballero había comido con Sapita y le había compartido sus alimentos. En su forma de sapo, unos cuantos escarabajos le bastaban, pero hacía tanto que no probaba comida humana... Trató de no comer demasiado, aunque Halim era generoso al compartir con ella. Sapita hubiera querido tener algo que darle también, pero no parecía muy posible que él fuera a querer escarabajos.

—¿Un *lindworm*? —repitió ella. Su don de lenguas le daba demasiadas opciones para eso, algunas de las cuales no tenían sentido alguno—. ¿Como una serpiente?

—Es un tipo de dragón —respondió él.

—Ya veo. Entonces, ¿todavía tienen dragones?

Halim abrió la boca y la cerró de nuevo.

—Se me ocurre —dijo, luego de unos momentos— que tal vez usted debería darme la respuesta a esa pregunta y no lo contrario. ¿Tenemos dragones todavía?

—No que yo sepa —confesó Sapita—. A ellos les encantan los lugares vacíos y sucios. Pero son demasiado grandes. No pueden quedarse quietos, así que los héroes los confrontan. La mayoría están muertos, o se han ido —trató de recordar lo que el maestro Gourami le había dicho. La palabra *dragón* abría demasiadas cadenas de pensamientos, y luego ella tendría que buscar entre ellas, de la misma manera que la reina tenía que buscar entre los diferentes colores de hilo para hacer un tapiz, y esa imagen abrió otra cadena de pensamientos... “la reina de palidez glacial, la tierra negra sirviendo de fondo a su piel, la huella amoratada de su mano vista en el reflejo en el agua”.

—Dragones —dijo Halim suavemente luego de que pasó un largo rato.

—¡Ah, sí! —interrumpió Sapita sus pensamientos—. Sí. En el reino de las hadas también los cazan. Pero no funciona con magia, sino con espadas —entrelazó los dedos—. Cuentan una historia de un caballero que una vez llevaron al reino para matar a un dragón.

—¿De verdad? ¿Lo llevaron a través de un montículo de hadas o algo así?

—Sí. Llevaron también al caballo y le lanzaron un conjuro para que enfrentara al dragón —meneó la cabeza—. Pero lo hicieron mal, se equivocaron. El maestro Gourami, el que me instruyó, decía que habían hecho una tontería. Que debieron haberle preguntado al caballero si podía hacerlo, pero prefirieron el hechizo para obligarlo. Así que el caballero mató al dragón, pero dejó los huevos, y después salieron las crías. Él debió saber que así sería. Cuando trataron de

encontrarlo de nuevo, para que matara a las crías, se había hecho a la mar.

—¿Y eso funciona? —preguntó Halim.

Sapita asintió.

—El mar tiene sus propios dioses —dijo.

Se quedaron allí sentados un buen rato, mientras las llamas crepitaban y hacían saltar chispas. A Sapita jamás se le había cruzado por la mente hacerse a la mar. Le gustaba un poquito de sal, pero el mar sería demasiado para ella. El agua era su amiga, pero el mar era vasto. La envolvería como un amante, y ella terminaría muriendo por envenenamiento con sal, provocado por su abrazo.

—Entonces, no es un dragón lo que hay allí dentro —determinó Halim.

—No —dijo Sapita. En cierta forma, todo sería más sencillo con un dragón. Halim nunca pensaría, al verlo, que el dragón era inocente y bello—. No es un dragón.

La nodriza murió en un día claro de octubre. Sapita la encontró al pie de la escalera que subía a la torre, y Fayette estaba sentada en los peldaños, con la barbilla apoyada en una mano.

Sapita soltó un sartal de maldiciones, una andanada incomprensible de improperios de dientesverdes, y se dejó caer de rodillas. Había un montón de sangre, sobre todo debajo de la cabeza de la nodriza, y era evidente que no había la menor probabilidad de que estuviera con vida.

—¿Qué sucedió?! —exclamó Sapita angustiadísima.

—Se cayó —contestó Fayette, mirando el cuerpo con cierto interés. Tenía los brazos ensangrentados, pero no parecía que tuviera heridas—, rodó por las escaleras, dando tumbos y vueltas,

como los acróbatas —unas semanas antes habían visto acróbatas en una feria trashumante, para fascinación de Fayette—. Quisiera que lo hiciera de nuevo. Fue muy divertido verla.

Sapita la miró en silencio, horrorizada.

—Traté de levantarla —dijo la niña—, para llevarla hasta arriba y verla caer de nuevo, pero pesa demasiado —contrajo su flexible cara infantil en una mueca de desagrado—. Y traté de hacerlo de la otra manera, ya sabes, pero no es fácil...

La mente de Sapita estaba en blanco, sin saber qué decir.

—Así —apuntó Fayette, y el brazo de la nodriza empezó a moverse.

La mano se elevó en el aire, arrastrando consigo la muñeca. Durante un instante horroroso, Sapita pensó que la nodriza seguía con vida a pesar de todas sus heridas, hasta que percibió la magia.

“No. ¡No!”.

Era una magia filosa, punzante, cortante. Se había enrollado alrededor del brazo de la nodriza muerta y tiraba de él hacia arriba.

Provenía de Fayette.

La magia de Sapita era toda fango y agua, pero logró convertirla en una manta que dispuso sobre la nodriza, ahogando la llama del poder de la niña. La mano de la nodriza cayó al suelo, inerte.

—¡Ay! —exclamó Fayette. Miró la mano de la nodriza y luego a Sapita y de vuelta a la mano—. ¡Fuiste tú! —y luego, cuando la sorpresa floreció en forma de indignación—: ¿Tú?

Su blanca piel se tornó colorada de repente, moteada de ira, pues Fayette no había aprendido todavía el modo de enfurecerse bellamente, y se puso de pie, con las manos cerradas en puños.

Sapita no lo pudo soportar. No en ese lugar, junto al cadáver de la nodriza que todavía no se había enfriado. Se dio media vuelta y salió corriendo de la torre.

Asió a la primera persona que encontró, uno de los caballerizos que había entrado en busca de algo, y lo sujetó del brazo.

—Necesito ayuda —le suplicó—. Ayuda, por favor... el ama herbolaria... el sacerdote... el rey... que alguien me ayude, *iauxilio!*

El caballero no la escuchó. Tenía la vista fija más allá, y el rostro contorsionado por el pavor. Sapita sintió que su magia se desgarraba, como agua que hervía hasta evaporarse.

Se dio la vuelta.

La nodriza salió de la torre andando a trompicones, con la cabeza desnucada balanceándose al final del cuello, y Fayette se reía. Sapita se dio por vencida y se limitó a soltar un alarido.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó la reina una vez que todo ese horror hubo pasado, que Fayette había sido llevada a su habitación y que Sapita estaba en la habitación de arriba con la reina; su piel se veía tan gris como la del cadáver que la niña había hecho bailar.

Nadie había dudado de Sapita. Eso era lo que más la sorprendía. Nadie había abrigado la menor duda. Tantos años que había pasado en el castillo pensando que ella era algo insignificante, segura de que nadie le creería... pero nadie había dudado cuando ella dijo que había sido Fayette.

“Hasta los humanos son capaces de ver el mal que vive entre ellos”, pensó, despacio y titubeando, como si estuviera leyendo palabras desconocidas en un papel. “Incluso ellos lo han notado”.

—No lo sé —respondió Sapita. Se tapó la cara—. No la puedo vigilar constantemente. Tengo que dormir a ratos. Pensaba que le tendría suficiente miedo a la nodriza... o... que la nodriza era mayor y los niños suelen obedecer a los adultos... eso pensaba. Pero ahora que ella ha aprendido que no tiene que temer ni obedecer... ¡ya no sé nada!

—No pienso matar a mi propia hija —dijo el rey, viéndose orgulloso, noble y decidido, aunque esa imagen duró apenas hasta que cerró los labios y agregó, desamparado—: Alguien más tendrá que encargarse de eso.

—¡No pueden matar a Fayette! —reviró la reina—. ¡No es su culpa! Es mi hijita preciosa, ¡y alguien entre *ellos* le echó una maldición! —manoteó en el aire en dirección a Sapita, y añadió—: No fuiste tú —dijo por encima de su hombro. El hada se encogió de hombros.

—Poner a bailar a un cadáver es algo que va más allá de cualquier maldición o conjuro —dijo el rey desanimado—. Ella lo hizo. Yo lo vi. Todos lo vieron. Lo correcto sería quemarla en la hoguera.

El deseo de decir “Sí, hágalo” brotó con tal fuerza en el pecho de Sapita que la estremeció. Se dio cuenta de que odiaba a Fayette... ella, que jamás había odiado a nadie.

Uno no puede odiar a un niño o a una niña, sólo un monstruo sería capaz de hacerlo. Pero esta niña era un monstruo en forma de niña. Una criatura élfica cuyo poder sólo podía ser contenido por su corta edad y su falta de conocimiento del mundo.

“Yo debería matarla, se dijo Sapita aturdida. “Debí haberla matado hace años. Gourami y la diosa enviaron a la persona equivocada. Le debieron haber encargado esto a alguien implacable que la hubiera podido estrangular en su cuna. ¡Oh, diosa! ¡No puedo hacerlo! ¡Jamás he matado nada más fiero que un pez!”.

—¿Dónde se encuentra ella ahora? —preguntó el rey.

—En este momento, duerme —contestó Sapita—. El poder que requirió para hacer lo que hizo la dejó exhausta. Dormirá un buen rato.

—Si tan sólo pudiera dormir para siempre —murmuró el soberano, y en la mente de Sapita algo se encendió.

Dormir.

Tal vez no era capaz de matar a Fayette, pero sí podía hacerla dormir.

—Yo... yo podría tratar de mantenerla dormida —aventuró—, al menos por un tiempo.

El rey y la reina se miraron, y luego se volvieron hacia ella. Sapita los vio tal como eran en ese momento: dos padres, uno débil y la otra fuerte, en el lugar equivocado. Dos personas que ni siquiera se gustaban mucho entre sí, pero a quienes el destino había unido, y que se veían uno a otro como un mal necesario.

Las palabras *madre* y *padre* nunca cruzaron por su cabeza.

—Dinos qué necesitas para hacerlo —dijo el rey.

—Agua —respondió Sapita—. Una cantidad enorme de agua. Y confiemos en que eso sea suficiente.

Llenaron el patio del castillo con barriles, ollas, ánforas, cualquier recipiente que pudiera contener al menos una mínima cantidad de agua. La vieja carretilla desvencijada se trajo desde el huerto llena hasta los bordes. Sapita miró todo eso y casi rio con desesperación... Era tan poco.

—No basta —dijo—. No es suficiente —tomó una pala y tanteó la tierra con sus pies desnudos, caminando por el patio—. Aquí. Hay que cavar aquí.

Los guardias y la servidumbre se volvieron a mirar al rey, y el monarca tomó la pala en sus manos y empezó a cavar.

Se trajeron palas y picas y hasta tablones de madera. Empezaron a cavar incluso con las manos para llegar a la tierra más suave y así dar con el agua oculta.

De vez en cuando levantaban la vista hacia la torre, donde Fayette aún dormía, y volvían a cavar, más de prisa.

Sapita conocía la forma de lo que planeaba hacer, pero no tenía idea de si algo así sería posible. Todos los encantamientos que le había dado el maestro Gourami se habían agotado. Sólo le quedaba su propia magia acuática, sus minúsculos conjuros, los que Anadácea había despertado en ella desde el fondo de su ser.

Podía llamar a los peces a la superficie del agua, aunque requería ambas manos para atraparlos. Podía enredar una cabellera en nudos de elfo. Y podía calmar la superficie del agua, aquietando las ondas que la perturbaban, hasta convertirla en un pequeño espejo plano, impasible ante el viento o las olas.

Fayette era fuego y aire y furia, y Sapita no podía contenerla. Pero no era necesario contenerla o bloquearla. Bastaba con aplacarla lo suficiente.

Ya lo había hecho antes, varias veces, cuando alguien no podía dormir y el ama de la herbolaria estaba a punto de perder la paciencia. Se requería un poco de agua, no más de una taza, que ella mantenía entre sus manos; al aquietar el agua, se aplacaba al paciente, y así, normalmente, podía dormir. Sapita había aplacado al hijo del mayoral del establo cuando padeció unas fiebres, y el ama herbolaria juraba que eso lo había salvado.

—No es que estuviera al borde de la muerte —había murmurado—, pero yo ya iba a ahorcarlo si no dejaba de quejarse.

Sin embargo, Fayette no era una niña humana. Intentar aplacarla así habría valido igual que arrojar un vaso de agua a una hoguera.

Necesitaba más. Tanta agua como le pudieran traer, tanta como pudiera sacar del mismo suelo.

El rey estaba con el agua hasta las pantorrillas, y Sapita no sabía si sería suficiente.

“¿En qué punto les digo que se detengan? ¿En qué momento comienzo con el conjuro?”.

“¿Qué tal que no puedo hacerlo?”.

Pensó que sí podría. Lo había usado un par de veces con la propia Fayette, para hacerla dormir un poco más, porque todo era mucho más sencillo si ella dormía.

Pero mantenerla dormida para siempre... eso era otra cosa.

"No tiene que ser para siempre. Sólo hasta que... hasta que se me ocurra algo más. Hasta que alguno de todos éstos se aburra de nunca poder entrar a la torre y decida matarla, o hasta que el rey reúna todo su valor para hacerlo él, o hasta que todo el lugar se incendie y se consuma a nuestro alrededor".

Cuando el agua le llegaba a las rodillas del rey y el maestro del establo le había quitado la tapa al pozo, Sapita pensó: "Me estoy estancando en esto, y en realidad ya debería estar haciendo el conjuro".

Se arrodilló entre toda el agua acumulada y con un gesto hizo que retrocedieran los que habían estado cavando. Sus pies se hundieron en el fondo fangoso, y enterró sus dedos en la profundidad. Su piel cantó al contacto con el agua, porque la piel es tonta y no siempre sabe cuándo debería estar asustada.

Sapita empezó a atraer todo el poder hacia ella, bebiéndolo, metiéndolo en los vacíos bajo su piel, hasta sentirse tan enorme y henchida como la Mayor. Deseó desesperadamente ser así de grande, y tener ese tipo de fuerza. La Mayor poseía más poder en una sola de sus manos palmeadas que Sapita en su cuerpo entero. Una niña usurpadora sin entrenamiento hubiera representado un reto semejante a enfrentarse a un patito. La Mayor habría podido poner a dormir a la niña por mil años, o la habría convertido en pez, o...

"La Mayor habría podido torcerle el pescuezo sin pensarlo dos veces", pensó sombría, y odió el hecho de envidiarla por eso.

A fin de cuentas, el conjuro no era nada difícil. Era una manta que se ponía sobre la persona dormida, una sola orden: "Duerme. Duerme y no despiertes".

Fayette estaba agotada por haber puesto a bailar a los muertos y no opuso resistencia.

“Duerme, duerme por siempre. Duerme hasta el fin del mundo”.

Extrajo el poder de debajo de su piel, llenando la torre de piedra con sueño. Percibía el cansancio, pero al mismo tiempo Sapita sabía que el hechizo era tan sencillo, tan obvio, que debía avergonzarse de sí misma. “Cualquiera podría hacerlo mejor. Cualquiera sería más inteligente”.

No había nadie más allí.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que casi había oscurecido y el fango se había endurecido alrededor de sus pies.

—¿Ya está hecho? —susurró el rey cuando ella salió del barro, que se agrietó y se cuarteó alrededor de los dedos de sus pies.

Sapita asintió.

—¿Y ahora qué? —preguntó la reina.

—Ahora vayamos a ver si surtió efecto —dijo Sapita, como si croara.

Entar en la torre fue como sumergirse en un lago. La condensación rodaba por las piedras de las paredes y el aire era tan húmedo que parecía niebla. La magia latía y pulsaba como sangre. Sapita miró al rey y a la reina que venían detrás de ella, pero ellos no parecieron notar nada en particular.

En la habitación de lo alto de la torre, Fayette dormía.

Estaba acostada de lado, con una tenue sonrisa en los labios. Tenía una apariencia angelical, pero Sapita llevaba años habituada a eso. Miró a la preciosa niña de cabellos de oro y sólo sintió remordimiento y pena y cansancio.

La reina alargó una mano para acariciar el cabello de Fayette y retirarlo de su cara, y Sapita se movió más rápido que nunca antes

en su vida, para sujetarle la muñeca a la reina antes de que sus dedos alcanzaran a tocar la piel de la usurpadora.

—No debe tocarla —le dijo—. No podré mantenerla dormida si la toca. Sé que no podré.

La reina inhaló con fuerza y apartó las manos. Las plegó juntas bajo su pecho y miró a Fayette, que ahora tenía el ceño fruncido y farfullaba dormida.

—Ella detecta su presencia, me parece —explicó Sapita.

—Pensé... —dijo la reina y por una vez pareció confundida— ... pensé que si yo estaba aquí... que mi presencia podría darle algo de paz...

“¡Qué ilusa!”, pensó Sapita desanimada. “¡Pobre ilusa! Usted ya ha colmado de amor a esta criatura y la ha respaldado con toda la fuerza que tiene, sin pensar que ella no la ama ni la amará nunca. Y yo soy todavía más ilusa porque no supe cómo impedirselo”.

—No sé si haya mucha paz en ella, Alteza —contestó Sapita.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó el rey.

—Puede matarla —contestó Sapita abrumada—, si es lo bastante rápido. O puede encerrarla aquí en la torre y no volverla a tocar.

—¿Y eso le hará daño? ¿No morirá de hambre? —preguntó la reina.

“Es una usurpadora, una criatura que suplanta a otra. Vivirá media eternidad en un sueño mágico. Ni siquiera se dará cuenta. No sé si algún día llegará a *envejecer*”.

En voz alta se limitó a decir:

—No sufrirá ninguna consecuencia de esto. Tiene usted mi palabra.

—Entonces, la encerraremos en la torre —dijo la reina, y el rey bajó la cabeza, aceptando la voluntad de su esposa.

Cerraron la puerta de la habitación y clausuraron la entrada, y luego, para estar prevenidos, tapiaron la puerta de entrada a la

torre. El albañil buscó la aprobación final de Sapita, y ella a duras penas supo qué decir.

—Usted conoce el ladrillo y la piedra —respondió ella—. Yo sólo conozco el fango y el agua. ¿Qué le dicen a usted los ladrillos?

—Me dicen que harán lo mejor que puedan —contestó el albañil, y enseguida se llevó una mano a la boca, como si sus propias palabras lo hubieran conmocionado.

—Bien —dijo Sapita—. Bien. Es todo lo que podemos hacer.

Al día siguiente, Halim llegó a las murallas del castillo.

Se quedó mirando la pared de piedra un buen rato, con el hacha en una mano y rascándose la nuca con la otra. Parecía desconcertado, como si al ir en busca del castillo no hubiera esperado dar con él en realidad.

—¿Y ahora qué? —dijo él, casi para sí mismo—. No puedo abrirme paso a través de la piedra...

—Hay una entrada —comentó Sapita—. A la izquierda, a unos cinco pasos de aquí.

—¿Debería seguir cortando los espinos para llegar allá? ¿O será cosa de trepar? —preguntó el caballero.

Sapita se encogió de hombros.

—¿Y adentro también está...? —comenzó él.

—Más despejado —respondió ella—. Hay algunos árboles, pero nada tan crecido como en este lado.

El caballero asintió, se giró a la izquierda y empezó a dar hachazos y a retirar ramas junto a la muralla.

Ahora avanzaba más rápido, pues podía limitarse a retirar ramas y tallos de la pared. Iba dejando una especie de túnel tras él, salpicado de troncos llenos de astillas y puntas. Sapita tomó su forma de sapo y brincó a su lado, a la sombra de las ramas rotas.

—Tengo pánico de caerme —dijo él, haciendo conversación mientras con el mango del hacha movía un tronco retorcido—, y de que alguno de los tocones que dejé se me acabe clavando en el muslo, ahí donde pasa una arteria importante, y me desangre antes de alcanzar a decir una maldición. Y si alcanzara a hacerlo, quizá me disculparía por haber dicho semejante cosa. Mis últimas palabras serán una disculpa.

Sapita rio con una ronca risa batracia. Era un comentario gracioso, pero también doloroso, porque ella estaba segura de que sus últimas palabras también serían una disculpa, o tal vez un tartamudeo al tratar de articular una frase pidiendo perdón.

—Ah, ya se convirtió en sapo otra vez —él lanzó un hachazo, y gruñó un poco cuando el filo se clavó en un tronco muerto; tuvo que tirar del hacha para liberarla—. Imagino que será lo mejor. Seguramente, los sapos no se tropiezan y caen y se clavan en una estaca que los mata. Ya tengo suficiente remordimiento por haberla molestado. Si llegara a tropezarse con una rama, yo moriría de culpabilidad. El hermano bibliotecario me dijo que la culpa que cargo basta y sobra para meterme a un monasterio, pero nuestra fe no tiene un equivalente de ese lugar. Y si yo muriera de culpa, mi madre se molestaría mucho, y yo tendría que sentirme culpable por eso también. No digo sino tonterías, ¿verdad?

—Un poco —contestó Sapita, recuperando la forma humana en un pequeño espacio entre las espinas.

—Eso pensé. Me sucede cuando no sé qué más decir. Hablo para llenar los silencios. Soy malísimo para decir mentiras. Aunque eso es algo que bien podría decir un buen mentiroso, ¿cierto?

Sapita se encogió de hombros. Las mentiras nunca habían formado parte importante de su vida, salvo ésa de la maldición de Fayette. La verdad habría sido más difícil.

Las dientesverdes nunca le habían dicho que ella fuera humana, pero eso no se sentía como una mentira. Ella nunca había

preguntado. Las dientesverdes nunca le habían dicho nada. No les importaba. No era algo más relevante que la palidez de Algaclara o la velocidad de Oseojunca al nadar. Ella les pertenecía a las dientesverdes, y ellas le pertenecían a Sapita. El amor de monstruo era así de simple.

Halim llegó a la entrada del castillo y gruñó de sorpresa. Adentro, el terreno estaba más despejado, con unos cuantos árboles grandes y una capa continua de matorrales y maleza muy crecidos, pero sin zarzas ni espinos.

Miró hacia arriba, al cielo, un amplio cuadrado visible más allá de las murallas.

—Se ha hecho tarde. Mmmm...

—Hoy ya no —le dijo Sapita—. Por favor.

Él miró a Sapita, sorprendido.

—¿No? ¿No quería acabar con esto de una buena vez? —hizo un gesto vago con el hacha, señalando los vestigios del castillo.

Ella negó moviendo la cabeza.

—Haremos una fogata —propuso—. Y le contaré... bueno. Le contaré el resto de la historia.

—Muy bien —contestó él—. Si eso es lo que usted quiere...

Sapita asintió.



CAPÍTULO 7

El castillo permaneció habitado quizás unos cinco años después de eso. La gente se iba y simplemente no regresaba. Salían al mercado, o a cazar al bosque, o a llevar los rebaños a pastar a otro lado, y luego... no volvían.

Sapita, agazapada junto a la puerta de la torre y lo más silenciosa posible bajo su forma de sapo, miraba pasar las estaciones y, con ellas, la población del castillo se reducía cada vez más. Era como si el lugar hubiera recibido una herida invisible y mortal. La gente se iba gota a gota, desangrando el castillo, y nadie hacía ningún intento por contener esa hemorragia.

“¿Sería yo la causante de esto?”, se preguntaba. La magia que mantenía aplacada a Fayette era una gruesa cobija en el interior de la torre, pero sería ingenuo pensar que no traspasaba sus paredes. Los flujos y remolinos de magia se sentían en todo el castillo, y bebían sin parar del pozo. La velocidad a la que se acababa el agua había asustado a Sapita al principio, pero después fue disminuyendo, y ese manantial profundo no mostraba señales de que se fuera a secar.

Con el tiempo, se dio cuenta de que el agua salía de un círculo más vasto alrededor del castillo, que los campos se secaban mucho más rápido de lo esperado, que los pozos vecinos ya no tenían agua. La culpa la carcomía por dentro al pensar en los árboles que se habían secado; por los humanos que se habían ido, lo que sentía era más bien alivio.

“Deben irse de aquí”, les comunicaba en silencio. “Deben marcharse antes de que la magia deje de funcionar. Cuando Fayette despierte, vendrá un horror nunca antes visto, y no creo que yo sea capaz de frenarla dos veces”.

Sapita seguía sin poder creer que hubiera sido capaz de crear un conjuro tan grande.

Al llegar la siguiente estación, ya se había convertido en parte de su ser, como su respiración. Bastaba con que lo dejara fluir a través de sí... del agua al poder, del poder al conjuro. Y, al mismo tiempo, no hacía nada por tratar de cambiarlo o ajustarlo. Si el silencio era duro para los humanos que vivían cerca de la magia, si se sentían más despiertos y vivos en otra parte, ése era el precio que habría que pagar.

El rey fue uno de los que no volvió. Partió a un torneo y mandó un mensaje para avisar que se tomaría unos días, y luego otros más, y después ya no se recibieron más noticias. Tal vez no tenía nada que decir, o quizá no tenía mensajeros para enviarlos. A lo mejor había decidido que el castillo ya no merecía un día más de su vida.

Sapita jamás lo volvió a ver. Se acordaba del maestro Gourami, diciéndole que era requerida en casa de su padre. En eso también había fracasado. La casa de su padre se había disuelto en silencio, sin resistencia, y ya no requería nada más.

“Eso no lo sabes. Puede ser que se haya ido lejos, llevándose su sangre y su linaje para procrear otro hijo o lo que fuera que la diosa esperaba que él hiciera en vida”.

Eso tenía toda la apariencia de una excusa, y Sapita sospechaba que así era. Más bien, las únicas alternativas que tenía la casa de su padre era un final en calma y silencio, o el horror sin fin bajo el reinado de Fayette. Se había requerido que Sapita disolviera la casa y la familia, y nada más.

“Y lo *más* probable es que todo sea mi gran fracaso, y sólo eso”.

La reina se suicidó una tarde. Tomó suficiente leche de amapola como para hacer que el corazón de un caballo dejara de latir y se recostó en su cama. No dejó ninguna nota. Quizás esperaba que Sapita la salvara una vez más, o confiaba en que dormiría junto a Fayette y despertaría cuando el conjuro de su hija se rompiera. Pero en lugar de eso, murió, y Sapita tomó forma humana para ayudarles al encargado de los sótanos y las cavas, a la hortelana y al último de los caballerizos a enterrarla.

—¿No deberíamos enterrarla fuera del suelo sagrado? —preguntó el muchacho en voz baja, mirando al diminuto cementerio y a la reina amortajada—. Nadie la absolvió de sus pecados antes de morir, y dicen...

—No me importa lo que digan —opinó la hortelana—. Aquí es donde voy a cavar la sepultura.

Sapita le dio unas palmaditas en el brazo al muchacho, y le dijo con delicadeza:

—No creo que eso tenga la menor importancia en este momento.

Echaron tierra sobre el rostro de la reina. Sapita permaneció allí, observando. Desde su punto de vista, no tenía sentido que la reina, con toda esa fuerza desaprovechada, se hubiera dado por vencida sin más. A lo mejor, su momento de ser fuerte y resistir había terminado.

Sapita trató de sentir algo, pues su madre había muerto, pero no podía sino pensar en la Mayor y en Anadácea y en todas las demás. ¿Seguirían con vida, acaso? Habían pasado muchos años en el reino de las hadas. Tal vez milenios.

“No, son dientes verdes. Son prácticamente inmortales, a menos que las maten. Seguro que tienen la barriga llena y los dientes bien afilados”.

La reina desapareció bajo una capa de tierra. Se pusieron de pie y, por último, Sapita recitó el padrenuestro, porque no se le ocurría nada más que hacer. Los otros se unieron a su plegaria, las lenguas se enredaban en las palabras, y el encargado de los sótanos y la cava sólo murmuró “Amén” al final, y asintió.

Y ahí acabó todo. El caballerizo y el encargado de sótanos y cavas esperaron mientras la hortelana se dedicó, sin la menor prisa, a recoger las últimas semillas de las plantas que había cultivado, para meterlas en sus bolsillos. Y después partieron juntos. El caballerizo empezó a cantar cuando la sombra del castillo quedó tras él, con voz profunda de barítono, y el encargado de sótanos y cavas se unió a la canción; sólo la hortelana se volvió una vez para mirar a Sapita.

Y luego, quedó sola con los pájaros y las zarzas y la niña usurpadora en la torre y las aguzanieves entre el pasto.

Halim escuchó todo el relato con la fogata crepitando y chisporroteando entre ambos. La noche estaba oscura y ella sólo podía ver oleadas de luz sobre la piel de él y sobre el dorso de sus manos cuando alimentaba el fuego con ramas.

—Y luego de que ellos se fueron, usted hizo crecer las zarzas y los espinos —dijo el caballero.

—Así es.

—Y ella aún está allí.

Sapita suspiró.

—La bella doncella en la torre —dijo ella con voz triste—. Aunque tiene la apariencia de una niña de unos ocho años, de manera que si

un caballero entrara en la torre, quedaría decepcionado al verla. Y supongo que, muy poco después, ese caballero acabaría muerto.

—¿Cree que ella lo mataría? —preguntó Halim.

—Ella mataría a todo lo que se le cruzara por delante si pudiera. Al mundo entero. ¿Y quién podría sospechar de una niña, al menos al principio? —Sapita se pasó las manos por la cara.

—Y usted ha permanecido aquí. Vigilándola por doscientos años. Más de doscientos años.

—Vine aquí para evitar que hiciera daño. Ésas son las palabras del don que le traía... o los términos de mi sentencia. Usted elija.

Halim asintió, casi para sí mismo.

—No lo entiendo —dijo al fin—. ¿Qué es este asunto de los bebés robados, cuyo lugar es usurpado por otros? ¿Para qué molestarse en cambiar un bebé por otro? Quizás ésa sea una pregunta que sólo haría un humano, no lo sé.

Sapita suspiró. El maestro Gourami se lo había explicado, en un lenguaje muy abstracto, como si fueran criaturas que no tenían nada que ver con ella.

—Son terriblemente malvados. Con nosotros y consigo mismos, creo. Las grandes casas y familias se roban a los niños entre sí, u obligan a sus vasallos a ceder a sus hijos. Les parece muy divertido dejar al bebé de algún rival en una cuna humana. Y los niños de las hadas crecen en un mundo en el que el metal los quema y el alimento que se llevan a la boca está muerto y ven cosas que nadie más ve y saben que el mundo debería ser diferente de lo que es.

—¿Y todos se vuelven malos? —preguntó Halim—. ¿Esos bebés usurpadores?

Sapita meneó la cabeza despacio.

—No lo sé. Con Fayette lo intenté, lo juro, pero no lo hice suficientemente bien. No pude lograr que entendiera que el mundo era real.

—Los imanes de nuestra fe dicen que los *djinns* pueden ser buenos o malévolos, y que muchos entre ellos han encontrado la misericordia de Dios.

Sapita sabía que no lo decía con desaprobación, pero agachó la cabeza de igual modo. Ella había fracasado con Fayette. El hecho de que el anciano sacerdote y la nodriza y la reina también hubieran fracasado no servía de consuelo.

—Quizás el mundo está lleno de bebés cambiados que sí supieron adaptarse —dijo ella—. A las grandes hadas y duendes no les importa demasiado lo que suceda en el mundo real, siempre y cuando resulte en diabluras y maldades para alguien. Pero un usurpador que vive lo suficiente y termina aprendiendo a regresar al reino de las hadas... —meneó la cabeza.

Halim levantó una ceja.

—Eso es lo que resulta gracioso para ellos —explicó Sapita—. Esos usurpadores apestan a mortales. Su magia es limitada. Son una desgracia para su casa —suspiró—. Tal vez ésa sea la razón por la que tantos de ellos se vuelven hacia el mal. Tal vez sabrán desde la cuna que están atrapados. Tal vez otro usurpador podría salvarlos y darles un lugar al cual pertenecer. Yo no supe cómo hacerlo —lo máximo que hubiera podido ofrecerle a Fayette era ser una criatura como la propia Sapita, que le inspiraba a todos una especie de desprecio bonachón, y ése era un trato que Fayette jamás hubiera aceptado. A ella no le importaba si la gente le temía o la amaba. No le importaba si llegaban a pensar en ella o no. Lo único que quería era destruirlos, por el simple hecho de que podía hacerlo.

—¿Podría llevársela de regreso? —preguntó Halim—. ¿Otra vez de vuelta al reino de las hadas?

Sapita negó con la cabeza.

—No sé cómo llegar allá —explicó—. Estaba implícito en el conjuro que se supone que yo debía hacer, pero me salió mal. Pensé que quizá si encontraba a un *kelpie*... A veces prestan ayuda, si uno

tiene la suerte de que estén de buenas. Pueden volver al reino de las hadas y salir de nuevo en una corriente de agua. Pero no puedo irme en busca de uno, y ninguno vendrá a poca distancia del lugar en el que Fayette alcance a olfatearlo.

Sapita atizó el fuego con su propia vara. El dolor de esa pérdida había cicatrizado ya, y Halim daba la impresión de que sabía bien que no valía la pena rascar esa cicatriz.

—Sé que todo esto es difícil de creer —dijo Sapita cuando él llevaba ya mucho tiempo sin pronunciar palabra—. Ya sé... yo soy muy fea y ella será hermosa y no hay razón por la que usted tendría que creerle al hada y no a la niña. Las historias cuentan lo contrario —había oído los cuentos que los habitantes del castillo se contaban unos a otros, historias de hadas robándose niños y provocando problemas, agriando la leche y dañando la cosecha.

Luego de un año o dos, cuando se habían olvidado de tenerle miedo a ella, los habitantes del castillo contaban las historias sin acordarse de que ella estaba ahí.

Sapita no hizo nada por contradecirlos. ¿Qué podía decirles? Que un gran señor del reino de las hadas difícilmente se rebajaría a hacerle un conjuro a una vaca, y que si un hada se enojaba —un hada de verdad y no una débil hadita batracia como ella—, lo más probable era que convirtiera a la vaca en una bestia acorazada capaz de derribar muros, o que maldijera al rey para que sufriera una pasión desesperada y humillante por la vaca, o que se limitara a hacer volar por los aires a la vaca, al castillo y a todas las cosas vivientes a su alrededor hasta hacerlas polvo.

—No todas las historias son así —dijo Halim—. Hay una de un monstruo que sale al encuentro del caballero, y cuando él le da todo lo que pide, el monstruo se convierte en una bella dama.

Sapita soltó una ronca carcajada que se transformó en canto de sapo... *croooooaac*. El sonido sobresaltó un poco a Halim, según le pareció a ella.

—No —contestó Sapita—. Yo no me convertiré en una bella dama cuando todo esto pase. Así soy, tal como me veo.

—Está bien —dijo Halim—. Yo también soy así, como me veo. Y creo que ese caballero era un rey o un príncipe, o algo parecido. Mmmm. Tampoco voy a transformarme en uno de éstos, me temo. Estoy muy al margen de la línea de sucesión.

Sapita empezó a reír hasta el punto de creer que iba a asfixiarse. Se preguntó qué pensaría Halim de la Mayor o de Anadácea. Desde el punto de vista de él, las dos serían horrorosas, a pesar de que ella sabía bien que era monstruos gloriosos y encantadores, con sus dientes y sus grandes ojos y sus manos palmeadas y prensiles.

Se preguntó qué podría decirles Halim a ellas. Podía imaginarlo, al ver a las dientesverdes emerger del pantano, soltando maldiciones... para disculparse enseguida.

“Y después probablemente saludaría a la Mayor y le preguntaría, con total sinceridad, cómo debía dirigirse a ella, para luego disculparse y decir que su madre lo había tratado de educar mejor, y que si ella sería un *djinn* o un *marid* o algún otro tipo de espíritu, y si era una descortesía preguntarlo, y que si lo era, se disculpaba de nuevo...”.

—¿Qué es lo que quiere que haga? —preguntó el caballero—. Mañana, quiero decir.

La pregunta sacó a Sapita de su ensoñación. Ella sabía la respuesta. No quería decirla, pero la sabía.

—¿Podría matarla? —preguntó—. No quise... No es una petición, sino una pregunta. ¿Cree que podría matarla?

Halim miró las llamas. Su rostro se veía reservado y poco agraciado.

—Yo no... no lo creo —dijo al fin—. Quisiera decir que sí, por usted. Por lo que ha contado. Pero he matado a unos cuantos hombres y es una cosa terrible. Y tienen que arremeter contra mí con espadas, y no será así en este caso... no exactamente. Ha sido

como si todos estuviéramos gritando y golpeándonos unos a otros y uno sólo piensa en que quisiera que todos se callaran y espera poderlos detener antes de que ellos lo detengan. Todo es ruido y fango, y las cosas se hacen sin pensar. Y aun así, es malo. Después, uno recuerda demasiado todo lo sucedido. Y eso es en el caso de hombres tratando de matarme. No creo ser capaz de matar a una niñita dormida.

—Está bien —contestó Sapita, agitada. La descripción que había hecho Halim era tal vez más vívida de lo que él hubiera querido—. No pensé que usted pudiera hacerlo.

Sin embargo, él parecía sentirse culpable.

—Me disculpo.

—No creo que sea nada por lo cual tenga que disculparse. Yo no la he matado. He tenido doscientos años y no he movido un dedo para hacerlo.

—¿Y por qué? —preguntó Halim.

—Era más sencillo ser un sapo —respondió ella—. Pensé que algún día llegaría a ser capaz de hacerlo, pero pasé demasiado tiempo bajo mi forma de sapo, y mientras lo era, no tenía que preocuparme por el problema de la usurpadora durmiente. Y más adelante, ya nadie pudo meterse al castillo, así que ya no importaba.

—¿Ya no importaba? Pero no podía irse de aquí, ¿o sí?

—No. Pero me había enredado al pronunciar el conjuro del don. No lo hice correctamente. Así que lo justo era que me quedara aquí.

—¿Cree que tenía que pagar con *doscientos años* de permanencia un error momentáneo al pronunciar unas palabras?

Sapita lo miró con los ojos muy abiertos. Sentía que esas palabras penetraban en su interior y se deslizaban hasta ese lugar detrás del esternón. Las otras palabras que había allí se reacomodaron para hacerles lugar.

—Según cuentan los imanes de nuestra fe, hay un muro que se eleva muy alto, llamado al-A'raf —explicó Halim—, entre el paraíso y

el infierno. Y si uno no ha sido lo suficientemente bueno o malo como para merecer ir a uno de esos dos lugares, se queda en ese muro. Pero incluso esas personas terminan por entrar al paraíso tarde o temprano, porque Dios es misericordioso —apoyó su quijada en un puño y miró a Sapita—. Parece que usted ha estado confinada en ese muro durante un largo tiempo... A propósito, éstos son todos mis conocimientos de teología, así que espero que sirvan de algo.

Sapita suspiró.

—Quisiera bajarme de ese muro —confesó.

—Muy bien.

—Pero no puedo dejar a Fayette aquí sin más. No va a morir, ¿sabe? Despertará y de alguna manera conseguirá salir de ese encierro, y luego todo empezará de nuevo —imaginó de repente a las aguzanieves estranguladas, con los pescuezos retorcidos, y las claras plumas dispersas por la hierba.

Halim asintió.

—Le creo —afirmó.

Sapita se preguntó si seguiría creyéndole una vez que viera a Fayette.

A la mañana siguiente, se levantaron sin molestarse en encender una fogata. La mula, descontenta, intentó patear el aire. El caballo dio unos pasos de medio lado y siguió pastando en silencio.

La magia tibia y húmeda fluía alrededor de Sapita. Acarició con los dedos la pared de piedra de la torre como si fuera una vieja amiga, una aliada en una batalla larga y terrible.

—La puerta está tapiada —dijo Halim. Sapita asintió. El albañil había hecho un trabajo a conciencia doscientos años atrás.

—Las ventanas son demasiado pequeñas —dijo ella—, salvo en la parte más alta de la torre. Supongo que podría dejar caer una

cuerda desde el balcón que hay allá arriba, para que usted trepara por ella. O podría derribar los ladrillos que tapian la entrada.

—Ninguna de esas alternativas es muy tentadora —contestó Halim. Midió la altura de la torre con la mirada y luego estudió el mortero de la tapia—. Mmmm. Mmmm. Veamos...

Fue hasta sus bultos y sacó otras herramientas. El martillo era uno pequeño, para clavar estacas, no para echar puertas abajo, pero el caballero lo tomó junto con un clavo para herrar caballos y empezó a usarlo para romper el mortero en los bordes de los ladrillos.

Sapita trató de ayudar. La magia en la torre era toda agua, y al agua le gustaba separar piedras. Ella le había dicho que no se le permitía hacer eso allí y el agua había obedecido, no sin poca contrariedad.

No tuvo que decirle al agua dos veces que había cambiado de parecer. La magia rodó apurada por las escaleras, feroz y feliz al correr hacia abajo, y después Sapita se vio en el frenesí de tratar de detenerla, diciéndole que no podía dejar la torre de esa manera, sino sólo una parte, sólo un estrecho canal que se desviaría del cuerpo principal de la magia, y que el resto debía quedarse arriba en la torre, para mantener aplacada a Fayette.

Halim dio un golpecito con el martillo y la mitad de los ladrillos se desplomaron ante él.

—¡No! ¡Ay no, no, no!... —exclamó Sapita, tapando el boquete con ambas manos, diciéndole a la magia que retrocediera, los ladrillos ya habían *cedido*, pero no podía fluir hacia la tierra así sin más, aunque lo quisiera.

La magia se enfurruñó. Había permanecido quieta y en silencio tanto tiempo. Quería rugir como un torrente, derramarse sobre las cosas, barrer con los obstáculos ante sí. Pero era su amiga, así que se devolvió por su cauce y fue a aquietarse en su lecho, fastidiada e inmóvil una vez más.

—Supongo que las cosas no salieron como se esperaba —dijo Halim.

Sapita exhaló, dejándose caer contra el marco de la puerta de entrada. La oscuridad se abría ante ella, profunda como un pozo.

—Le pedí a la magia que ayudara. Y... mmmm... y lo hizo. Más de lo que yo hubiera esperado.

Halim asintió. Su cabello se veía enjordecido de gotitas de agua, y tenía húmedas las mangas, en los lugares donde la magia le había pasado muy cerca.

—Sentí algo —reconoció él—, como vapor.

Sapita asintió.

Ella concentró sus sentidos en detectar si toda esa conmoción había despertado a la que dormía arriba. Había sido muy atolondrado de su parte cambiar la magia que había funcionado durante tanto tiempo. No sabía bien qué se le había metido en la cabeza, salvo que había visto a Halim esforzándose por hacer algo difícil y que su primer impulso había sido tratar de ayudar. “Y uno habría pensado que, luego de todos estos años atrapada en el mundo de los mortales, yo ya habría aprendido a no confiar en mis primeros impulsos...”.

Pero el daño ya estaba hecho, si es que lo había. No percibió ningún cambio en la parte alta de la torre. Tal vez Dios había sido bondadoso.

En cuestión de un momento retiraron los ladrillos que aún se mantenían en su lugar. La luz alcanzó el fondo de la torre por primera vez en dos siglos.

—No vaya a pisar ahí —dijo Sapita, señalando una mancha oscura sobre el piso de piedra.

Halim miró la mancha, y luego a ella.

—¿La nodriza? —preguntó él.

Ella asintió. Él se llevó la mano a los labios y dio un amplio rodeo para esquivar ese punto.

Sapita enderezó los hombros y empezó a subir por las escaleras de la torre, con el caballero siguiéndola muy de cerca.

Al final de las escaleras, se detuvo. Las alfombras se habían podrido con el tiempo, y las hojas secas habían formado una capa resbalosa sobre el piso de piedra. La magia acuática las había mantenido húmedas, y muchos hierbajos habían brotado en el círculo de luz que entraba por el balcón.

Fayette estaba acostada en la cama, brillando como los hongos que relucen en la oscuridad. Su piel se veía tan blanca que era casi translúcida, y su cabello se extendía como un abanico alrededor de su cabeza. Le había crecido durante el sueño, aunque no mucho. Apenas lo suficiente como para colgar más allá de sus hombros como una cortina dorada. El vestido se veía desvaído y con manchas de moho, y los bordes comenzaban a disolverse, de forma que parecía que la propia niña estuviera brotando de las sábanas.

La magia seguía ondeando y chapoteando hacia un lado y hacia el otro, agitada. Sapita se aferró al marco de la puerta, tratando de apaciguar la magia.

Halim miró por encima del hombro de ella e inhaló con fuerza.

—*Hay* una doncella en una torre —dijo, en un tono casi inaudible.

Sapita asintió. Fayette se movió en su cama de moho y lama, frunciendo el entrecejo en sus sueños.

Halim se volvió. No quiso entrar en la habitación, como el hada había esperado, sino que retrocedió y fue a sentarse en el primer peldaño de la escalera de piedra.

—Pensé que iba a saber qué hacer —dijo Halim, y Sapita se sentó a su lado en el peldaño—. Creí que una vez que entrara aquí y viera lo que había que ver... creí que sabría qué tenía que hacer.

Sapita lo miró sorprendida.

—Pensé que usted podía haber mentido —confesó, y se sonrojó—. No.... No me hice entender. Perdóneme. No pensé que usted estuviera mintiendo por mentir. Le dije que le creía, y lo dije

convencido de que así era. Y sigo creyéndole. Pero quizás usted no podía decir toda la verdad, o estaba bajo el poder de un conjuro, o...

—O en realidad yo sí era el hada malvada —lo interrumpió con suavidad ella—, y Fayette sí era la bella doncella atrapada en la torre.

El rubor del caballero se hizo más pronunciado. Agachó la cabeza y se llevó ambas manos a la nuca.

—Pero sigo sin saber —murmuró sin levantar la vista.

Sapita le dio unas palmaditas en el hombro. Seguía resultándole extraño eso de tocar a otro ser vivo. Sintió el peso de su cota de malla bajo la suavidad de la túnica. Lo hacía parecer más sólido de lo que en realidad era.

Porque lo que decía no daba la impresión de solidez, sino que lo hacía ver tan solo y perdido como la propia Sapita.

—Si yo fuera un caballero de verdad —dijo melancólico— probablemente debería cortarle a usted la cabeza de un tajo de mi espada y luego llevarle la niña a mi madre.

—¡No lo haga! —exclamó Sapita alarmada—. Su madre parece ser bondadosa, y Fayette... ¡No lo vaya a hacer, *por favor!*

El caballero levantó la cabeza, con una media sonrisa en la comisura de la boca:

—Y lo de cortarle de un tajo la cabeza, ¿eso sí lo hago?

Sapita se encogió de hombros.

—Preferiría que no lo hiciera, imagino —respondió ella.

Halim resopló. Luego de un momento, se inclinó levemente hacia ella, de manera que los hombros de ambos se tocaban, y Sapita se apoyó en el hombro de él, y permanecieron allí juntos, en los peldaños, por unos momentos, con la magia que los bañaba como las olas del mar.

Al fin, Halim suspiró y se puso de pie. Caminó hasta la habitación y se plantó a contemplar a Fayette. Sapita lo siguió hasta el umbral, con el corazón atorado en la garganta.

La niña se agitaba en sueños ahora que había otros cerca. Frunció las cejas, abrió la boca y la cerró de nuevo. Tal vez un padre o una madre hubieran pensado que lo que veían era enternecedor, pero Sapita vio sólo el entrechocar de los dientes.

—Muy bien —dijo Halim, y se volvió, alejándose un poco—. Le creo.

Sapita se quedó esperando que hubiera un “pero”.

Un “pero” que nunca llegó.

—Podrá ser que yo esté loco o que sea un tonto o que haya sido presa de un conjuro —agregó—, pero si así fuera, sería un encantamiento diferente de cualquier otro del que haya oído hablar, y en cuanto a ser un tonto, desde antes ya sabía que lo era —miró a Sapita con sus diáfanos ojos cafés—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Usted... usted no intentará despertarla?

Él negó con la cabeza.

—Le creo —repitió y esas palabras llenaron el espacio vacío bajo el esternón de Sapita, como ninguna otra palabra lo había podido hacer hasta entonces.

—Hierro —dijo ella—. Nunca le gustó, y todos pensaron que tenía que ver con el conjuro, así que nadie insistió demasiado. Tal vez si pudiéramos conseguir más y de alguna forma cubrir toda la habitación... —levantó las manos, y luego las dejó caer.

—Compraremos el barril de chatarra de un herrero si eso es lo que se requiere —propuso él muy serio—. O una docena de barriles —le tendió la mano, y Sapita sintió que la esperanza florecía, candente y terrible, en su pecho.

Se adelantó un paso para tomarle la mano, y hubo una sacudida repentina de la cama, veloz como el ataque de una serpiente. La mano de Fayette se había cerrado sobre la muñeca izquierda de Halim como un grillete.

—¡No! —susurró Sapita, viendo el derrumbe de todo alrededor. “No, no, rompí la magia, no he debido perturbarla, dejé que saliera demasiada magia y agité la que quedaba y luego traje a un mortal aquí, y fue demasiado. Ella despertó, está *despierta* ahora...”.

Halim miró hacia abajo, perplejo, y trató de zafarse. Los dedos de Fayette eran franjas blancas sobre la piel enguantada del caballero, demasiado cortos para rodear toda la muñeca, pero con un agarre tan resistente como la piedra.

—¿Quién es usted? —exigió saber Fayette.

—Me llamo Halim, joven señorita —contestó él, siempre cortés y educado—. No tenía intención de despertarlo...

Se oyó un fuerte chasquido cuando Fayette le giró la mano, rompiéndole la muñeca.

Halim no gritó, pero se tambaleó hacia un lado gimiendo, y perdiendo los colores bajo la luz acuosa del interior de la torre.

“Por Dios”, pensó Sapita, “se ha hecho más fuerte con el sueño. No era capaz de hacer eso antes, no con sus propias manos...”.

Fayette lo soltó. No es que en realidad le importara quién era él. Halim acunó la muñeca rota en su costado, mientras se alejaba cojeando y sujetaba la espada con la mano buena.

Sapita trató de verter la magia de nuevo sobre la niña, pero resultó inútil. Era como arrojar agua sobre piedra fundida y observarla convertirse en vapor.

—¡Alto! —exclamó Fayette, dando manotazos al aire alrededor de su cabeza—. ¡Puedo sentirlo! Estás tratando de dormirme otra vez, ¿verdad? —sus ojos verdes refulgían de furia—. ¡Has sido siempre tú! ¡Me impediste hacer todo lo que hubiera podido conseguir!

Halim desenvainó su espada con cierta torpeza y la sostuvo ante sí más como un símbolo sagrado que como un arma.

—¡Tenía que detenerte! —gritó Sapita—. Estabas haciendo que una difunta caminara por ahí. ¡Estabas lastimando a otras personas!

—¿Y eso acaso importa? —gritó Fayette, y la atacó con su magia.

Era torpe. El sueño no le había enseñado a ser sutil. Era por eso, seguramente, que Sapita seguía en pie. La magia de Fayette era un puño cubierto de malla y la de Sapita era agua que se deslizaba a un lado, mientras que el golpe enmallado iba a pulverizar la piedra tras ella.

El segundo golpe fue más atinado, aunque no más sutil. Sapita logró esquivarlo de nuevo, pero la fuerza salpicó a su alrededor y Halim se resbaló en las hojas mojadas y cayó de rodillas.

El movimiento atrajo la mirada de Fayette como el ojo de una víbora. Lo atacó a él, y Sapita tuvo que interponerse entre ambos, extrayendo magia sin pausa, como una catarata, y desviando el golpe para que impactara en el suelo.

“Tengo que alejarla de Halim. Va a arremeter contra él hasta matarlo, sólo porque es débil”.

Por fortuna, eso era cosa sencilla. Sapita había pasado largos años tratando de controlar el estado de ánimo de Fayette. Convencerla de que soltara algo era lo más fácil del mundo.

—Sí, iyo te detuve! —gritó Sapita y la cabeza de Fayette giró de repente hacia ella—. ¡Te detuve porque eras una muchachita débil y patética, y siempre serás débil y nunca podrás hacer lo que de verdad quieres!

Fayette soltó un alarido y se abalanzó, con magia y todo, sobre Sapita.

Era capaz de proteger a Halim de la magia, o de protegerse a ella misma de Fayette, y la decisión de qué hacer era obvia. La catarata de magia cayó como una cortina sobre el caballero, y las manos de Fayette se cerraron sobre el cuello de Sapita.

“Bueno”, pensó ella con increíble claridad, como si tuviera todo el tiempo del mundo por delante, “no creo que vaya a poder dormirla muy pronto”.

Los dedos de Fayette le atenazaron la garganta, haciéndola retroceder por la habitación. Si las manos no hubieran sido tan

pequeñas, Sapita estaba segura de que le habría roto el cuello en un instante, pero el cuerpo de la niña no había crecido lo suficiente y sus manos tenían todavía el tamaño de las de una niña humana.

—Basta —bufó la usurpadora—. *¡Basta!*

Sapita no conseguía liberarse del agarre. Lo único que podía hacer era rezar por que Halim tuviera la sensatez de escapar mientras Fayette le daba la espalda.

“Pero no va a escapar. Es un caballero”.

“Sí, pero dijo que no era un caballero a cabalidad”.

Sapita jamás había rezado con tal insistencia por la cobardía de otro ser.

Paso a paso, Fayette la fue empujando hacia el balcón. Las dientesverdes le habían enseñado al hada a contener la respiración durante varios minutos, y así había podido sostener en pie el muro que mantenía la magia de Fayette a raya, pero era algo que requería toda su fuerza.

—Siempre estuviste ahí, deteniéndome —dijo la niña—. Hubiera podido traerlos. Hubiera podido hacerlos venir.

“¿Qué es eso? ¿De qué está hablando?”, la vista de Sapita empezó a nublarse, y un ruido como de una multitud rugiendo le llenó los oídos. Con las manos, golpeó inútilmente la cabeza de Fayette.

Topó con algo duro al retroceder, que le llegaba hasta media pierna y la niña empezó a inclinarla hacia atrás, a pesar de que tenía que estirarse para hacerlo. “¿Qué está pasando?”, pensó, y luego, con sentido común, “Ah, no puedo respirar. ¡Ay, es la falta de aire!”.

Los sapos respiran por la piel. Funcionaba como un reflejo cuando ya no podía aspirar suficiente aire, y por eso cayó en su forma de sapo, a pesar de que el mundo a su alrededor se estaba hundiendo en las sombras.

Oyó el grito de un hombre y una mujer cayó, pero por un corto trecho. Algo pasó por encima de su cabeza, como un pájaro que

volara demasiado cerca, y luego no hubo más que silencio y el aire que se colaba por su áspera piel y la mano de Halim que la levantaba del barandal del balcón, de donde Fayette acababa de precipitarse.



CAPÍTULO 8

—Pensé que usted había caído —dijo Halim—. Quería alcanzarla y yo... la embestí a ella. Y ella no estaba bien plantada sobre sus pies, pero no sé si era mi intención que cayera —tragó saliva—. Probablemente sí.

Salieron de la torre y Sapita se quedó mirando el cuerpo durante un largo rato. Sabía que debía sentir algo al respecto, que quizás estaba haciendo algo mal otra vez, por no sentir lo que debía, pero no sabía qué era lo que se suponía que debía sentir. ¿Acaso alivio porque todo había concluido? ¿Culpa por la manera en que había terminado? Tal vez no creía que hubiera llegado al final. Había durado mucho tiempo y esto era demasiado repentino, definitivo e irrevocable. Su larga vigilia no podía terminar así, *sin más*.

¿O sí era posible?

Su primer impulso, por más terrible que fuera, había sido tratar de salvar a Fayette. Si tan sólo estaba herida, los dioses sabrían lo que Sapita había tratado de hacer. Pero no había manera de salvar nada. El cuerpo de Fayette se había despedazado en el duro piso del

castillo, y hasta las hadas y los duendes usurpadores mueren por causas semejantes.

En cuanto vio el cuerpo, Sapita supo que todo había terminado. El glamur que recubría a Fayette había desaparecido. Había sido una niña embrujadoramente hermosa, pero lo que yacía en el suelo no era sino un vestigio destrozado que habría parecido tan extraño a ojos de los humanos que la habían criado como la propia Sapita. Los dedos tenían demasiadas coyunturas y el cuello era demasiado largo y los dientes ensangrentados eran excesivos y demasiado filosos. Al verla, Sapita podía especular a qué clan de las hadas pertenecía la usurpadora, aunque ese conocimiento no serviría de absolutamente nada.

—Cuando se precipitó, por unos momentos no cayó como sería de esperar —dijo Halim, arrodillándose en el suelo a su lado—. Parece descabellado, ¿verdad? Pero por un instante, pensé que iba a volar.

Sapita asintió. Su garganta era un amasijo de moretones y su voz sonaba todavía más batracia que de costumbre.

—Habría podido hacerlo —dijo con su tono rasposo—, de haber sido algo mayor. Pero todavía no había aprendido a darle órdenes al aire y el pedir no está... no estaba... en su naturaleza.

“Un poco más, y tal vez habría aprendido a hacerlo. O quizás habría podido darles órdenes a otras cosas...”. Recordó que Fayette había hablado de hacer venir a alguien y se estremeció. Había mundos más terribles que el de las hadas.

Halim se levantó, con una mueca fugaz, y Sapita se acordó de que tenía rota la muñeca izquierda.

—¡Su brazo! Debe estar tremendamente adolorido. ¡Déjeme ver qué puedo hacer...!

Él sonrió, pero tenía los labios pálidos.

Ella lo alejó del cuerpo destrozado. El aire parecía un poco más claro a medida que se apartaban del lugar. Sapita tenía la idea de

que una herida que se vendara dentro de las murallas del castillo tardaría más en sanar que si la trataba afuera, así que no se paró a pensarlo demasiado y guio al caballero para salir a través del cerco de espinos hasta el campamento.

La herida no era difícil de curar. La fractura había sido rápida y limpia, y Halim había aprendido lo suficiente de medicina en el campo de batalla como para que, entre los dos, pudieran recomponerla. Sapita preparó un emplasto de acedera para quitar la hinchazón y entablillaron la muñeca junto con unas cuantas varitas de serbal para extraer la malicia.

—Bastante bien —dijo él, moviendo los dedos con una mueca—. Me dolerá en los cambios de estación, pero podré volver a sostener el escudo —sonrió de medio lado—. Será difícil atender ciertas necesidades, eso sí, pero Dios sabrá disculpar mi torpeza hasta que esto sane.

—Perdón —dijo ella, con la cabeza inclinada sobre el brazo de él—. Me disculpo en verdad.

—No fue *usted* la que me rompió el brazo.

—No, pero... si hubiera hecho algo... algo mejor... si la hubiéramos frenado antes...

Él la miró muy serio.

—Hay cosas que no tienen remedio.

—Nunca pudimos cambiarla —dijo Sapita, y las palabras se sintieron como vidrio molido en su garganta maltrecha—. La reina la adoraba y la nodriza y yo tratamos durante años, pero el amor nunca fue suficiente, y tampoco nuestros intentos. ¡*Nada* de lo que hacíamos cambiaba las cosas! —se le escapó un sollozo batracio. Halim la acogió con torpeza entre sus brazos y ella se aferró a los bordes de su túnica y lloró lágrimas negras como la tinta sobre su hombro—. Debió servir de algo. Todo ese amor y esa perseverancia debieron servir para cambiar... para cambiar *algo*.

—Sí, ya lo sé —la consoló él—. Ya lo sé.

Sapita se estremeció con un escalofrío entre los brazos de Halim. Quería convertirse en su versión más silenciosa y fría de sapo, y hundirse entre el fango y no pensar durante mucho tiempo. Pero siguió con su forma humana, y Halim la abrazó como nadie la había abrazado desde que había dejado a las dientesverdes.

Al final, se le acabaron las lágrimas. Tenía las de siglos contenidas en su interior, pero su cuerpo sólo podía soltar parte de ellas en un momento dado. Sabía que tenía los ojos sombreados de negro, y parecería que la hubieran golpeado, pero no había nada que hacer al respecto.

—Perdón —dijo ella de nuevo—. Estoy llorando sobre su hombro cuando debería estar preparando una poción para calmar su dolor.

—Usted también estaba sufriendo —contestó el caballero—, y los huesos sanan más pronto que las heridas del alma, creo. Aunque sí admito que ha habido momentos en que me he sentido mejor que ahora, no lo voy a negar —y le besó la frente.

Sapita no tenía idea de cómo responder a eso, y al parecer él tampoco, porque la soltó y fue a llevar a su caballo, con una sola mano, hacia el fuego.

Las hierbas que se cultivaban en el huerto del castillo se habían asilvestrado con el tiempo, y muchas habían muerto, sofocadas por sus parientas más resistentes. Sapita tuvo que hacer lo mejor posible con su magia para compensar la diferencia, pero eso siempre implicaba riesgos.

Sin embargo, lo cierto es que su magia estaba volviendo a ella. La sentía posándose en su piel como gotas, cada una penetrando un poquito y un poquito más, como la lluvia que cae sobre la tierra reseca. Gran parte de la fuerza mágica presente en la torre no había sido suya en realidad, sino un don del agua, y la liberó para que

corriera de regreso a la tierra y llenara los pozos que se habían secado hacía doscientos años.

Ella le entregó la poción en la tacita que había contenido el agua bendita (¿había sido apenas unos días antes? Parecía toda una vida), y él se la bebió sin titubeos, como si confiara en ella. "Bueno, sería absurdo que lo envenenara ahora, después de todo...".

Sapita encendió una fogata con cierta dificultad. Aún había demasiada agua adherida a ella y eso hacía que las llamas se apagaran despidiendo mucho humo y vapor. La mula echó las orejas hacia atrás y soltó un ruido de mal humor cuando la humareda sopló hacia su lado. Pero la fogata fue sosegándose y empezó a comportarse como se esperaba del fuego, y Halim se sentó a mirarlo hasta que se quedó dormido.

Sapita le ayudó a acostarse, pues estaba apenas consciente. Él le sonrió y el punto de la frente donde la había besado se sintió latir, como si la hubiera marcado. Era como si ese espacio de piel estuviera aislado del resto de su carne, como si con ese beso, el mundo de los mortales hubiera tratado de atraerla y reclamarla como suya, tal como el semicírculo de cicatrices en la palma de su mano la había reclamado para el mundo de las hadas.

Suspiró. Aún había trabajo de hada por hacer. El cuerpo no podía dejarse sin más, pues envenenaría el aire alrededor. Después de eso... bueno, el mundo se abría ante ella. Podría irse. Podría irse con Halim. Podría irse a otra parte, buscar a un *kelpie* y dejar que la arrastrara bajo el agua hacia el reino de las hadas. Tenía tantas opciones y nunca antes las había tenido, nunca se le había dado la oportunidad de decidir nada más importante que el pez que iba a capturar o la hierba que iba a recoger.

Era abrumador. "¿Cómo se las arregla uno? Hay demasiadas corrientes de agua y todas fluyen, y todas ellas podrían ser buenas y no hay manera de saberlo. ¿Cómo es que uno llega a decidir *qué* hacer?".

Bueno, sin importar las decisiones que tomara o dejara de tomar, todavía quedaba una tarea por hacer. Sapita se puso en pie y recorrió el corredor que habían abierto entre los espinos.

El cuerpo de Fayette yacía blanco como los huesos a la luz de la luna. Una persona familiarizada con la muerte ya habría notado que había algo raudo y fuera de lo común en la manera en que se estaba descomponiendo, tal como siempre había habido algo raudo y fuera de lo común en la vida de Fayette. Los huecos entre su pelo se habían tornado de un color café oscuro o negro, como hojas muertas, y los ojos se habían puesto negros y duros como piedras.

—Perdón —dijo Sapita, disculpándose con Fayette o con la reina o con la nodriza muerta o con todas las criaturas que la niña usurpadora había mortificado. Era inútil, pero ella era la última que quedaba, así que tal vez era su misión, disculparse con todas las demás—. Lo lamento mucho.

Y después, porque no podía dejar el cuerpo ahí para los carroñeros —quién sabe qué cosas terribles podrían desencadenarse si los cuervos probaban carne de hada—, se arrodilló y le hizo una petición a la tierra.

“Hay que cubrirla, por favor”, le suplicó. “Que no haga más daño, ni siquiera muerta. Por favor”.

Al agua, ella podía darle órdenes, pero a la tierra tenía que pedírselo. Y no la habría sorprendido que estuviera enojada con ella, por haber desviado su agua durante tantos años.

Se sentó allí un buen rato, porque la tierra no hace nada rápidamente al principio; muy despacio, despacio, el suelo empezó a moverse y a amontonarse alrededor de las puntas de los dedos de Fayette, y algunos terrones se asentaron sobre su pelo. Antes de que la luna hubiera cruzado la mitad del firmamento, habían brotado musgos extendiéndose como una colcha sobre su lecho de muerte, y los últimos mechones dorados desaparecieron bajo la tierra.

Sapita hizo lo mejor que pudo para ayudar, extrayendo agua para los musgos, pero la tierra se encargó de la mayor parte. Se levantó al fin, aturdida de gratitud, y se abrió paso para salir del castillo por última vez.

La luna irradiaba un brillo plateado y la hierba se veía tan tupida como pelaje. Sapita se sentó junto a las brasas de la fogata, mirando la ladera de la colina que se sacudió hasta convertirse en una liebre con ojos como lunas.

Halim dormía profundamente al otro lado de la hoguera. Sapita pensó que era muy probable que no despertara hasta que la diosa decidiera permitirsele.

Plegó las manos sobre su regazo y esperó.

—¿Bien? —preguntó la liebre.

—Fayette está muerta —contestó Sapita.

—Mmmm —dijo la diosa—. Te llevó bastante tiempo.

—¿Qué?

Los grandes ojos de luna llena menguaron.

—Fuiste enviada para impedir que provocara daño. El conjuro habría hecho eso mismo, al fin y al cabo.

—¿Se suponía que yo debía *matarla*?

—Los muertos no le hacen daño a nadie.

Sapita, amiga del agua, sintió que su boca se había quedado completamente seca.

—Entonces, ¿por qué enviarme a mí? Cualquiera habría podido hacerlo... el maestro Gourami... usted... algún mortal...

—¿Y atraer la ira de alguno de los grandes señores de los elfos sobre nuestras cabezas? —preguntó la diosa—. No. Pero tú estabas en pleno derecho de recuperar tu lugar. Hasta ellos estarían de acuerdo en eso.

Sapita se dio cuenta de que estaba temblando de furia, algo que no solía sucederle.

Había sentido miedo de Fayette. Había temido por Halim. Pero la rabia le resultaba nueva, y a duras penas sabía qué hacer con ese sentimiento.

Se lo tragó como si fuera agua de pantano, y sintió que las lágrimas corrían por su cara, negras y venenosas.

La diosa la observaba, fría y distante.

—¿Esperabas que una diosa fuera bondadosa?

—Parece que no debía hacerlo —susurró Sapita, secándose las lágrimas.

—¿Que no debías esperarlo? No —la diosa se estremeció, y su pelaje parecido a la hierba se agitó como si el viento soplara sobre la falda de una colina—. Estamos hechos de crueldad y bondad en partes iguales. Pero también mantenemos nuestras promesas.

—A mí no me prometieron nada.

—A ti no —dijo la liebre—. Pero le hice una promesa a la Mayor de las dientesverdes.

Sapita miró hacia arriba. Su corazón dio un brinco, como si fuera una liebre.

—¿Me llevará a casa?

—Sube a mi lomo —contestó la liebre, y así lo hizo Sapita.

El cruce para llegar al reino de las hadas no fue largo. La diosa corrió, y de un paso al siguiente salieron del reino de los mortales. Sapita sintió que la magia la embestía, como la marea, medio dulce y medio salada, y soltó un jadeo y una carcajada y un sollozo en el pelaje plateado de la diosa.

Llegaron a un riachuelo sobre el cual pendían ramas, donde las algas de río crecían tupidas entre las piedras. Sapita no recordaría haberse bajado del lomo de la diosa ni verla partir. Sólo vio el agua.

Cayó en ella, moviéndose sobre las piedras para llegar a la parte más profunda. Su piel cantaba al contacto con el agua y hundió la

cabeza bajo la superficie, bebiendo a grandes tragos con su garganta estropeada, y dejó salir un berrido que resonó en el lecho del río.

Nunca pensó que no fueran a darle la bienvenida, tal era el don de una crianza amorosa.

Oseojunca llegó primero, pero es que ella siempre había sido veloz. Envolvió a Sapita con sus largos brazos huesudos y chilló y rio, y le acarició el pelo con sus manos palmeadas. Las demás llegaron de una en una y de dos en dos. Anadácea hizo a un lado a Oseojunca y la abrazó con tal fuerza que Sapita sintió su corazón verde y duro latir en su pecho.

Y luego, al final, la Mayor. Seguía sin tener edad, con su collar de piedras horadadas y sus dientes como sables y sus dedos capaces de arrancar a un hombre de la orilla de un río y rodearle con dos vueltas el pescuezo. Caracoles y bichos acuáticos anidaban en su pelo y ella era tan bella y gloriosa que las lágrimas negras de Sapita se mezclaron con agua oscura mientras la Mayor la levantaba y le decía con voz batracia:

—Bienvenida a casa, queridísima mía.



EPÍLOGO

Mucho tiempo después, o quizá no tanto, porque el paso del tiempo dependía del mundo en el que uno se hallara, Sapita dormía en la curva del brazo de la Mayor, con los labios asomando en la superficie del agua, enredada en la cabellera de alga de río de las dientesverdes.

Dormía entre sobresaltos por sus sueños. En ellos había un caballero. No era apuesto, pero tenía ojos bondadosos, y se disculpaba tras decir maldiciones. Quería mucho a su madre, y había pensado que sería una grosería arrojarle salvia y sal a la cara a una chica-sapo. La piel de su frente aún latía con el recuerdo.

Pensó: "Estoy en casa ahora. No necesito recordar".

Anadacea atrapó peces con ella a la mañana siguiente. Juntas, los sacaron del agua a punta de cosquillas, y luego les mordieron la cabeza para matarlos. Dos *kelpies* llegaron al galope a la orilla, con los músculos moviéndose bajo su piel. El que iba más adelante

sacudió la cabeza, brincando, y Anadácea soltó un chillido obsceno de agradecimiento.

“No soy hermosa”, pensó Sapita, y el recuerdo de Halim respondió: “No, pero usted es interesante. Y triste”.

—Tienes tribulaciones —le dijo la Mayor, frotando con sus dedos con garras la cicatriz plateada en la palma de su mano, pensativa, y luego la frente de Sapita, donde la huella del beso aún permanecía en su piel.

—Hubo alguien que me ayudó en el mundo de los mortales. Me fui sin despedirme de él.

—¿Era importante despedirse de él?

Sapita le miró los dedos, las pequeñas membranas en la base de cada uno. ¿Acaso importaba? ¿De verdad? Él era mortal, y Sapita... Sapita era otra cosa. No era ni una cosa ni la otra. No era ni más ni menos, más bien menos que más. No tenía familia, no tenía a otras personas, y lo poco que sabía del mundo mortal databa de dos siglos atrás. Ella podría llegar a ser sólo una carga para él.

Y a pesar de eso... a pesar de eso...

“A él le gustan las historias. Y yo sé tantas. Y dice que su madre es bondadosa”.

—Sí, creo que sí era importante —respondió.

—Entonces, debes regresar —opinó la Mayor, como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—¿Qué? Pero ¿qué sucederá si... si me quedo más tiempo allá? Él quería presentarme a su madre y tal vez también a un monje benedictino y a un rabino...

La anciana criatura monstruosa cerró los ojos al sonreír.

—Vivirás mucho más que él —le explicó—. Mil años, por lo menos. Y después, nosotras seguiremos aquí. Nosotras siempre estaremos aquí. Tú eres nuestra y nosotras somos tuyas.

Estrechó a Sapita entre sus brazos y le cantó un arrullo que hablaba de los peces durmiendo en lo profundo del riachuelo y de

las manos que los arrancaban del limo del cauce.

Anadácea lloró un poco una vez más. Ella siempre lloraba. Algaclara no dijo nada, pero puso un pescado en las manos de Sapita.

Los *kelpies* llegaron resoplando y trotando fuera del agua, peligrosos y fuertes. Sapita se trepó al lomo de uno de ellos, que se sumergió de nuevo en el agua, hasta los remolinos de lo más hondo del lago. Se sujetó con las piernas y sintió los músculos del caballo acuático que pulsaban mientras galopaba de un mundo a otro.

Habían transcurrido casi dos estaciones distintas en el reino de las hadas. En el de los mortales, la luna estaba metiéndose por el horizonte y el aire empezaba a tomar esa tonalidad gris como antes del amanecer.

Montar en *kelpie* no era tan fácil como en la liebre de los ojos de luna llena. Sapita tenía que aferrarse con toda su fuerza. El *kelpie* cruzaba ríos, y el regusto del agua le indicaba a Sapita dónde estaban, de manera que podía darle instrucciones, viendo sus orejitas negras que se movían para oírla bien. Y entonces, se echaba a correr, más rápido que cualquier caballo mortal, veloz como la inundación que va subiendo.

Justo cuando el sol asomó por el borde del cielo, el *kelpie* se detuvo. Sapita se dejó resbalar al suelo, sin mayor gracia, antes de que él se parara en dos patas y se la sacudiera de encima. Al parecer, a los *kelpies* eso les resultaba muy divertido.

Le respondió con un resoplido. Su aliento olía igual que el último suspiro de un ahogado, y sus ojos centellearon con sombras de un rojo sangre tan oscuro que llegaba a ser negro.

—Gracias —le dijo Sapita.

—Lláname si me necesitas —contestó el *kelpie*, encogiendo los belfos para mostrar los dientes—. Quizá venga, quizá no. Quizá venga y te ahogue.

—No puedes ahogarme —contestó ella divertida.

—Entonces, te llevaré de regreso a casa.

Ella asintió.

El *kelpie* se dio vuelta y corrió por la hierba. Sus cascos dejaban charcos llenos de agua revuelta a su paso.

Sapita tomó una bocanada de aire mortal. Sí. Algún día lo llamaría para regresar a casa.

Por ahora, se limitó a caminar hasta alcanzar la cima de la colina para bajar hacia el frío campamento en el que Halim estaba apenas despertando.

AGRADECIMIENTOS

Hace años, en 2015, en una vida anterior como autora de libros para niños, publiqué un libro titulado *Harriet the Invincible*, el primero de la serie *Hamster Princess*. Harriet, la heroína, es muy decidida y segura, y también es la protagonista de mi versión de *La bella durmiente* (con una princesa hámster). Fue una labor divertidísima y disfruté mucho escribirla. Además, a una cantidad de lectores les gustó.

Pero, como es inevitable que suceda cuando se inventa una nueva versión de un cuento de hadas —o al menos me sucede a mí—, me quedo con las muchas posibilidades que se me ocurrieron flotando en la mente. Las direcciones en las que pudo haber ido la historia y que no fueron. Los personajes que hubiera podido inventar, pero que rechacé para favorecer a otros. Temas que se quedaron sin explorar, ideas que nunca desarrollé, todo lo normal cuando uno se dedica a escribir. Y de alguna forma, esta vez fue diferente, porque la historia se resistía a quedarse en el pasado.

Al parecer, yo todavía no había terminado con *La bella durmiente*, o tal vez la historia aún no había terminado conmigo.

Normalmente, trabajo sobre un cuento de hadas al cuestionar todas las suposiciones que contiene, comenzando con quiénes son los buenos y quiénes los malos. El hada malvada que le echa una maldición a la bella durmiente es la mala, se supone, claro (y sí, me

gustó mucho *Maléfica*, la película, pero incluso ahí, la princesa es buena). Así que en este caso comencé a partir de preguntarme qué pasaría si la princesa fuera la villana. Al fin y al cabo, ¿para qué atraparía uno a alguien en una fortaleza de espinas? Para contenerla. Porque habría razones para no querer dejarla salir. Porque era peligrosa, y uno sería apenas un hada o un duende poco hábil, así que habría que hacer lo mejor posible con muy poco.

Escribí dos o tres párrafos con esta idea en la mente, y Sapita más o menos me cayó de repente, formada por completo. Muy pronto me vi escribiendo un libro que era diametralmente opuesto al que acababa de terminar. (Es difícil pensar en dos personajes menos parecidos que Sapita y Harriet, aunque a ambas las adoro.)

Una vez que tuve clara a Sapita, todo lo demás fluyó. Es una maravilla cuando eso sucede (y es también una lástima que se produzca tan pocas veces). Muchos personajes me salieron al paso en la historia, y yo quedé atrás, apuradísima, tratando de tomar notas, pero Sapita siempre fue muy considerada. Sus antecedentes fueron apareciendo a la par que yo iba escribiendo. Me enteré de que la habían criado las dientesverdes en el preciso momento en que escribí esa frase; supe que se podía transformar en sapo cuando lo hizo en la página... todos los hallazgos que uno hace a medida que escribe un libro se daban a la velocidad en la que yo iba tecleando, sin que tuviera que quedarme sentada mirando a la pared durante una hora, ni a punto de reventarme los tendones de la muñeca para no rezagarme de la acción.

Todo fue muy dulce y emotivo, y si alguien preguntara por este libro, quizá diría que es dulce, y es muy posible que alguien procediera a señalar que la heroína fue criada por monstruos acuáticos devoradores de niños y que la villana tortura personas y reanima a los difuntos, y a mí no me quedaría más opción que manotear e insistir: "¡Pero es un libro dulce! ¡De verdad!", porque no

siempre soy la más indicada para opinar sobre el tono de mis propias obras.

... y sigo pensando que es dulce y emotivo, ¡caray!

El otro dato curioso acerca de este libro es que fue el primero que le vendí a la editorial Tor, aunque salió a la luz después de otros dos, porque así son los asuntos de la publicación.

Había escrito casi toda la historia, y la tenía por ahí, medio olvidada en un baúl en mi mente, pues no sabía bien qué hacer con ella. Las novelas cortas no eran algo fácil de publicar en ese momento. Hubo una revista donde me dijeron que no podían pagarme lo que valía, cosa que me pareció muy respetable, pero que me dejó con esta cosa de extraña extensión.

Y entonces me enteré de que la editorial Tor había abierto una convocatoria para novela breve.

“Ajá”, pensé. “Debería mandarla. ¿Hasta cuándo es el plazo?”.

Y unos instantes después: “Un momeeeeento... ¡pero si tengo una agente literaria! Los agentes no tienen que esperar a que se abran convocatorias. Pueden enviarles los manuscritos a las editoriales”.

(He escrito más de cuarenta libros hasta ahora, y sigo sin saber bien cómo es esto de “ser una escritora profesional”).

Así que mi agente envió el manuscrito de *Fortaleza de espinas*, y la editorial muy amablemente respondió diciendo: “Aceptamos este libro, ¿y qué más tienen?”. Fue por eso que *Ortiga y hueso* y *What Moves the Dead* ya habrán salido publicados para cuando lean esto. Así que estoy muy agradecida con ellos por haberme dado la oportunidad, y también le agradezco a Sapita —por más raro que resulte sentir gratitud hacia algo que uno mismo creó— por haber allanado el camino.

También estoy muy agradecida con nuestras increíbles lectoras Heba Elsherief y Sanaa Ali-Virani, atentas a los detalles de la sensibilidad cultural, que mejoraron mi retrato de Halim y lo alentaron en su aventura, y a mi editora Lindsey Hall, quien estoy

convencida de que derrotó a muchos otros editores en una pelea sin cuartel para publicar *Fortaleza de espinas*. Y claro, a mi agente, Helen, que dijo que sí, que yo tenía una agente y que enviar manuscritos era precisamente su labor. Helen me tiene mucha paciencia, incluso aquella vez que tuve que interrumpir una llamada porque un pingüino estaba tratando de comerse los cordones de mis zapatos.

Finalmente, a mi querido esposo, Kevin, que siempre tiene que leer estas cosas cuando ya llevo más de la mitad para así poder tranquilizarme diciendo que no estoy avergonzando a mis antepasados, y que se asegura de que yo no tenga que sobrevivir a punta de comida congelada y pasta sin cocer cuando estoy en un arrebatado creativo.

Todos ustedes son maravillosos, y escribiría muchos menos libros si tuviera que mantenerme a flote sin ustedes. Gracias.

T. Kingfisher
Carolina del Norte
Junio de 2022

HARINA, LEVADURA Y UNA PIZCA DE MAGIA

MANUAL DE PANADERÍA MÁGICA PARA USAR EN CASO DE ATAQUE

Ganadora
de los premios

NEBULA,
LOCUS, MYTHOPOEIC,
LODESTAR, DRAGON
Y CÓYOTL.

Mejor novela de
fantasía del
2021.



T KINGFISHER

GRANTRAVESÍA



UN NIÑO MAGO, UN ARMADILLO
Y UNA MISIÓN CASI IMPOSIBLE

MAGO MENOR



T KINGFISHER

GRANTRAVESÍA

T. Kingfisher es el seudónimo ligeramente absurdo de la escritora Ursula Vernon que, en su otra vida, escribe libros para niños y cómics extravagantes. Ha ganado toda clase de premios literarios que la reconocen como una de las escritoras más talentosas de la fantasía actual (Hugo, Locus, Sequoyah, Nebula, Alfie, WSFA, Cóyotl, Ursa Major...) y también ha sido nominada a los premios World Fantasy y al Will Eisner Comic Industry. T. Kingfisher es el nombre que usa cuando escribe libros para jóvenes de mayor edad y también para adultos. Su obra lleva los cuentos de hadas y duendes a otro nivel. Cuando no está escribiendo, probablemente puedas encontrarla en el jardín, intentando mantener contacto visual con las mariposas. En Gran Travesía hemos publicado sus novelas, *Manual de panadería mágica para usar en caso de ataque*, *Ortiga y hueso* y *Mago menor*. *Fortaleza de espinas* es su último trabajo.

www.redwombatstudio.com @UrsulaV

FORTALEZA DE ESPINAS

Título original: *Thornhedge*

© 2023, Ursula Vernon

Publicado según acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y Cornerstone Literary, Inc.

Traducción: Mercedes Guhl

Diseño de portada: Natasha MacKenzie

Imágenes de portada: Adobestock

Ilustración de Sapita en interiores: Ursula Vernon

D.R. © 2025, Editorial Océano, S.L.U.

C/Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª 08015

Barcelona, España

www.oceano.com

D. R. © 2025, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

info@oceano.com.mx

Primera edición en libro electrónico: noviembre, 2025

eISBN: 9786075841694

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Libro convertido a ePub por:

Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

OCEANO



GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



GRANTRAVESÍA

www.grantravesia.com



www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

Índice

Portada

Página de título

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Datos de la autora

Página de créditos